

ÍNDICE

| | | |
|---|-----------------------------|--|
|  | #VCONGRESOESCRITORES. 10 |  |
|  | CUENTOS INFANTILES 15 |  |
|  | RESEÑAS 23 |  |
|  | RELATOS 28 |  |
|  | ARTÍCULOS 39 |  |
|  | POEMAS 47 |  |
|  | MICRORRELATOS 58 |  |
|  | NOVEDADES LITERARIAS ... 65 |  |

ISSN: 2387-0397

Cuatrimestral - septiembre 2022

Dirección: Covi Sánchez

Corrección: Sandra Soriano Díez

Equipo editorial: Amelia de Dios, Carmen Sanfeliz

Colaboran en este número:

- Alicia Martí Pallarés
- Antonio González Balbuena
- Áurea L. Lamela
- Bárbara Cruz Sánchez
- Carmen Abadín
- Carmen Salvá del Corral
- Dalia González García (Lía González)
- Daniel A. Díaz
- Diana Margarita Castillo Aguirre
- Dory Lansorena
- Eduardo Luis Díaz Expósito
- Isabel Núñez
- José Antonio Ruiz
- José Luis Díaz Caballero
- José Miguel Porquet
- María Gracia Peralta
- Martina Barceló Fornaciari
- Miguel Ángel Oliver
- Mónica Roncero
- Piedad Baca

Plumas invitadas:

- José Ángel Ordiz Llana
- Manuel García Rubio
- Verónica García-Peña.

Imágenes en la revista de DALL-E (p. 42) y freepik.com

Ilustración de la portada: David González Nieto

Diseño y maquetación: Monchi Álvarez www.studioacuario.com

Si quieres contactar con nosotros:

Twitter: @aenoveles

Facebook: <https://www.facebook.com/aen.asociacionescritoresnoveles/>

Web: www.aenoveles.es

También nos puedes enviar un correo a info@aenoveles.es

© Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos.

Así mismo, esta publicación no se hace responsable de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

BIOGRAFÍAS DE AUTORES Y LATINA AGOSTO 2022

ALICIA MARTÍ PALLARÉS

Barcelona, 1968. Administrativa y diplomada en Relaciones Laborales por la Universidad de Barcelona.

Para ella escribir, ya sea en castellano o en catalán, es una afición a la que le ha dedicado siempre su tiempo. Y lo que comenzó siendo solo para sí misma, se convirtió en un blog donde compartir historias, junto con su otra afición, la fotografía. <https://9capitulos.home.blog>

En su perfil de Instagram (@aliciamartipallares) también comparte sus dos aficiones.



ANTONIO GONZÁLEZ BALBUENA

Gijón, 1936. A los catorce años empezó a trabajar en una imprenta, pasando por todos los rangos, incluido el de corrector de textos. Al tiempo que trabaja, estudia en la Escuela Profesional de Comercio. Más tarde, se titula como profesor de Educación Física para comenzar después Filosofía e Historia, que no pudo acabar por incompatibilidad con su empleo.

Cumplida la mili en Tetuán, dejó las artes gráficas para trabajar como administrativo en un conocido grupo de empresas. Tuvo a su cargo la codirección y redacción de la revista que editaba el grupo. Durante esa época escribe varios libros temáticos, dos novelas cortas y numerosas colaboraciones, relatos, cuentos, etc.

En 1976 se traslada a Madrid a cubrir el puesto de gerente de una importante urbanización. Tras su jubilación, se decide a emprender la aventura de su primera novela larga, *El banco bajo el árbol* (Cultivalibros, 2015), que obtiene una buena acogida por parte de los lectores. Esto le anima a escribir una nueva obra, *El enigma de San Guillermo* (Caligrama, 2020), de desarrollo profundo y complejo.



ÁUREA L. LAMELA

(Lugo, 1959) es psiquiatra y escribe novela policíaca. Ha publicado cuatro novelas: *Nadie Sabía* (2012, Eride), *Buena gente* (2014, Eride), *Sin criterio* (2016, Eride), y *Red de sombras* (2018, Estudio ediciones). Se desarrollan en una ciudad de provincias tan apacible desde fuera como convulsa por dentro. Desde una ciudad así, ejerce su profesión y colabora ocasionalmente en diferentes medios con poesía, ensayos y relatos. Una venganza improvisada está en la editorial en el proceso de publicación, con Esstudio Ediciones. Será la quinta novela que publica con sus principales protagonistas: el inspector Zalo Alonso, la forense Carmela Archer y los agentes Emilio Gómez y Pablo López. Y cómo no, con Sara, la mujer del inspector, médica y una lectora empedernida de novela policíaca.





BÁRBARA CRUZ

(Madrid, 1980). Periodista y licenciada en Historia del Arte, lleva escribiendo desde los 10 años. Tras sus inicios en el mundo del relato, con el que obtuvo varios premios a nivel escolar, dio el salto a la novela de la mano del género negro. Apasionada de las novelas de detectives, en sus obras se combinan historias al más puro estilo *thriller* con personajes cercanos y creíbles con los que resulta fácil empatizar.

Sus novelas son *La camarera de la Gran Vía* (Ediciones 2deletras), *Segunda oportunidad* (Atlantis). También colaboró en la antología de relatos, *Madrid: golpe a la crisis* (Atlantis, 2008).



CARMEN ABADÍN

Es una escritora *amateur* asturiana de 29 años que actualmente publica relatos cortos en su cuenta de Instagram @scotmansroad.

Estudiante de Historia del Arte en la Universidad Oberta de Catalunya es una apasionada del cine, las tiendas de segunda mano y los salones de té. En la actualidad vive en Tarragona «donde llueve poco y se come mucho pan con tomate».



CARMEN SALVÁ DEL CORRAL

(Cartagena, España, 1968). Escritora e ilustradora. Académica por la Academia Internacional de las Ciencias, la Tecnología, la Educación y las Humanidades de Valencia, España. Corresponsal en Bahrain de la revista digital «Letras de Parnaso». Segunda mención en el concurso de poesía «Paulina Medeiros», por Aude, Uruguay.

En su haber creativo cuenta con una novela histórica, *La mirada* (2015); los cuentos *Monstritos*, *Nicolás y la piedra mágica* (2017), *El milagro de Teresita* (2018), *Una historia de cigüeñas* (2019), *Story of qualis* y *Piedras negras* (2020). El libro de relatos *Alfie, duende la luz* (2019) y una obra musical *La magia de la Navidad: Tú* (2017), así como la obra de teatro *La nave del miedo* (2018).

Página oficial <https://www.csdc.online/>



DALÍA GONZÁLEZ GARCÍA (LÍA GONZÁLEZ)

(San Miguel de las Dueñas, León). Maestra de primaria jubilada, dietista y auxiliar de enfermería.

Para Lía escribir es exteriorizar los sentimientos y emociones que la embargan. La poesía y la prosa se alternan, salvo en el libro *Una ilusión y un querer* (Seleer, 2014), donde se funden para dar musicalidad a la historia que transmiten. Además de prosa y poesía, también escribe letras para canciones.

DANIEL A. DÍAZ

Licenciado en Economía y empleado de Banca desde 2001. Aunque su día a día profesional está alejado de la palabra escrita, es un adicto a ellas, lo que le ha convertido en un voraz lector, que no alberga temor alguno a la diversidad de géneros.



DIANA MARGARITA CASTILLO AGUIRRE

Diana Margarita Castillo Aguirre nació en Monterrey, Nuevo León, México en los años sesenta. Es Profesora de Primaria, Licenciada en Ciencias de la Educación, Licenciada en Educación Media Superior, Maestra en Educación Superior y en Educación con Orientación en Didáctica Constructivista.

Además de dedicar su vida profesional a la docencia, participa como promotora de lectura y difusión cultural desde 1984. Sus cuentos y poemas se han publicado en medios nacionales e internacionales.



DORY LANSORENA

(Portugalete, Bizkaia, 1964). Relaciones Públicas, administrativa, periodista freelance, poeta, escritora y ferroviaria. Es presidenta en España de la Asociación de Poetas y Escritores Universales; directora y locutora del programa “El refugio de Caliope” en DK Irratia (Donostia Kultura Irratia) y cofundadora de Cómplices Literarios Elkarte y de VERSODIA sello con el que organiza festivales poéticos-musicales.

Ha publicado los poemarios: *Laberinto de Pasiones* (2016), *Sañador de Nubes* (2018), *De Arena y Sal* (2020) y *Camino entre Sueños* (2021). En Literatura infantil ha publicado los cuentos *El viaje de Luna a Mundletras –un lugar lleno de magia–* (2018) y *Mikel & Jon y La Búsqueda de Faylinn / Mikel & Jon the search for Faylinn* (2020)

Además, ha participado en diversas antologías como en *Versos del corazón* (2015), *Grito de Mujer* (2016), *Por todos los niños del mundo* (2017), *Versos Descubiertos* (2018), *Macarras, porque no nacimos princesas* (2019), *Antología Poética Leibros* (2019), *Antología Hispanoamericana y Contemporánea Tinta Poética vol. I con mención especial* (2019), *Libripedia Poesía* (2020), “*Versos en el aire*” (2020), “*Juntos por un sueño*” (2020), “*Voces emergentes de la literatura 2021*”.

Como ganadora del concurso del Ayuntamiento de Madrid y Boa Mistura, bajo la iniciativa «Versos al paso», uno de sus versos decora un paso de peatones en Madrid.

Su página web es <https://dorylansorena.wixsite.com/writer>





EDUARDO LUIS DÍAZ EXPÓSITO "ZUHAITZ"

Nace en 1955 y escribe poesía desde los once años, influenciado ya por poetas como Bécquer y, posteriormente, por Aleixandre, Cernuda, Miguel Hernández, José Ángel Buesa, Benedetti y un largo etcétera.

En 2015 entra en la Asociación Artística Vizcaína, integrándose también en otras asociaciones culturales como Poetalia, Txirula Taldea, Asociación Algoriteña Sotavento y Versadas. Colabora con «Noches poéticas» y «Poesía del abismo». Asimismo, colabora en las revistas culturales Decires y Zure Arte. En 2016 gana el 1º Premio de recitación de la A.A.V., y se le concede posteriormente el Premio Elías Amézaga, por su labor poética y de rapsoda.

Ha publicado cuatro poemarios: *Glorias Áureas*, *Calles desiertas de la esperanza*, *El alma sin costuras* y *A viva voz*. Además de un libro de aforismos, Hikari.

También ha participado en el poemario colectivo «A la sombra de la palabra», junto a los poetas: José Sema, Manuel Molina, Santiago Liberal, Manoli López, Carlos Ruiz de Alegría 'Launaz' y Ricardo Fuentes.



ISABEL NÚÑEZ LÓPEZ

(Madrid, 1978), abogada en ejercicio, es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, y posee un postgrado en Práctica Jurídica por la misma Universidad. Formada en el ámbito literario y cofundadora de la tertulia «Letras de Lavapiés», ha publicado varios relatos cortos, siendo la recopilación de relatos breves *Con aire insolente* su primer libro.

Además, es autora de los blogs: <https://diariodemamanovata.blogspot.com/>
<https://lamontaamagica.blogspot.com/>



JOSE ANTONIO RUIZ

(Barcelona, 1968). Pasó su niñez en un pequeño pueblo llamado La Llagosta, del cual tiene muchos recuerdos, aunque reside en Guadix. Trabajó en manipulados y metalurgia. En la actualidad se dedica al arte y la poesía.



JOSE LUIS DÍAZ CABALLERO

José Luis Díaz Caballero (Madrid, 1979), escritor y abogado. Desde hace más de quince años compagina con pasión ambas vocaciones. En 1997 fue galardonado con el premio «Los nuevos de Alfaguara», por su relato *La agonía lánguida del Santo Patrón*. En 2010 se alza con el primer premio de artículos monográficos, convocado por el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Tras cursar diversos estudios de literatura y escritura creativa, debuta con la novela *El rugido de las sombras* (Caligrama, 2016), resultando finalista del Premio Onuba de novela 2015 y del Premio Caligrama 2017. También ha colaborado en diversas antologías, como *40 colores, incluido el negro* (AEN, 2016). Su segunda novela, *Sudor y lluvia tras el fin del mundo* (Maclein y Parker) ve la luz en 2019.

Aunque reside en Madrid, siempre tiene a mano una maleta repleta de libros y cuadernos en blanco.

JOSÉ MIGUEL PORQUET

(Zaragoza, 1971). Vivió su juventud en un pueblo de la provincia de Huesca llamado Tamarite de Litera. Con 17 años accedió al ejército como militar profesional y fue destinado a Zaragoza. Participó en una misión en Kosovo en 1997. Tras su vida militar se dedicó a diferentes actividades profesionales, oportunidades laborales que le mostraron que saber afrontar nuevos caminos es una virtud.

En 2009 comenzó a trabajar con Integralia Digital Global, entidad auspiciada por la Fundación Integralia DKV, como redactor de contenidos para Internet. En la actualidad es coordinador de un equipo multidisciplinar en el área digital.

Desde muy joven José Miguel se aficionó a la escritura. Escribir le supone una catarsis personal y emocional que es difícil de lograr de otro modo. Ha colaborado en revistas digitales (Utebo Actual y Octava Digital) con artículos de opinión.

En Instagram @jmporquet comparte frases y relatos cortos, además de colaborar puntualmente con AENOVELES.



MARÍA GRACIA PERALTA

Licenciada en Derecho y escritora. Máster en Dirección y Gestión de Recursos Humanos, desarrolla un proyecto de investigación para la UNED sobre el Derecho de los Alimentos, como derecho fundamental.

Ha publicado narraciones en numerosas revistas como consecuencia de diferentes menciones literarias. A su vez, ha publicado los poemarios *La simetría del Alma* (Celya, 2015), *La miel tras el muro de enfrente* (Celya, 2018) y *La libertad de las olas* (Ledoira, 2022).

Desarrolla el blog literario Margot Atelier Literario, donde publica reflexiones, opiniones y lecturas.



MARTINA BARCELÓ FORNACIARI

Alumna de grado de la Escuela Internacional de Protocolo. Deportista federada en la federación de hockey hierba con la selección española en las categorías sub16, sub18 y sub21.



MIGUEL ÁNGEL OLIVER SUÁREZ

Guardia civil de profesión y ex militar, participó en una misión en Kosovo y nutre sus textos de los conocimientos que ha obtenido por su labor profesional tras haber vivido en Madrid, Barcelona, Bilbao, Navarra y finalmente en su Asturias natal.

Amante de las letras, de autores como Gabriel García Márquez, Carlos Ruiz Zafón, y de novela negra y terror como Stephen King.





MÓNICA RONCERO SENDÍN

(Gijón, 1965). Profesora, pero trabaja en la banca. Después de mucho tiempo de escribir solo en la intimidad, en 2020 da un paso hacia adelante y participa por primera vez con un microrrelato en Diversidad literaria. Ahora tiene todo un camino por delante...



PIEDAD BACA ROMERO

Escritora y maestra de teatro, siempre ha buscado potenciar el teatro como herramienta pedagógica y educativa y en ello ha dedicado su energía logrando articular infinidad de iniciativas, como las que desarrolló en la Fundación Promi o el Festival de Teatro Escolar que cada año disfrutan pequeñas y pequeños.

Además, como presidenta de la Asociación Cultural Maestro Pascual, Baca desarrolla y extiende su formación y propuestas a otras localidades y colectivos.

En 2013 recibe el premio De Mujer a Mujer que otorga la Asociación M.E.G.A. con el fin de poner en valor el trabajo de las mujeres de Cabra.



Typewriter photo created by rawpixel.com - www.freepik.com

BIOGRAFÍAS DE PLUMAS INVITADAS Y LATINA AGOSTO 2022

MANUEL GARCÍA RUBIO

Reside en Asturias desde los diez años y es abogado de profesión. Ha practicado con éxito el ensayo, y algunos de sus relatos breves figuran en antologías españolas e hispanoamericanas. Con todo, es en el campo de la novela en el que, paso a paso, ha ido haciéndose con uno de los huecos más interesantes y originales de la narrativa contemporánea en España. Hasta ahora, había publicado ocho: *El sentido de las cosas*, *El efecto devastador de la melancolía*, *La garrapata*, *Green*, *La edad de las bacterias*, *España, España*, *Las fronteras invisibles* y *Sal*, con la que fue finalista del Premio de la Fundación Lara a la mejor novela publicada en nuestro país en el año 2008.

En 2012 gana el Premio Ciudad De Salamanca De Novela con la novela, *La casa en ruinas* (Ediciones del viento).



JOSÉ ÁNGEL ORDIZ LLANEZA

(Sotrondio, Asturias, 1955) Licenciado en Ciencias Químicas por la Universidad de Oviedo. Profesor de Educación Secundaria, principalmente en el IES Padre Feijoo, donde obtuvo en 1990 el Premio Nacional a la Experimentación por la relevancia de su trabajo como miembro del equipo pedagógico del Proyecto Mercurio.

Inició su labor literaria con la novela corta *Bosquejo de una sombra* (Premio Diputación de Asturias 1980). Sus relatos breves figuran en diversas revistas y antologías. La mayor parte de estas narraciones están reunidas en los libros *Relatos impíos* (XI Premio de la Crítica de Asturias), *El fin* y otros relatos de supervivencia, *Club Lola* y otros espectáculos, *Extravíos*, *Violencias*, *La vida* y otras ficciones y *Relatos de carne y hueso*.

Ha publicado las novelas *Las muertes de un soñador* (Premio Cáceres 1994, versiones ampliadas y corregidas en 2010 y 2014), *Buenas noches*, *Laura* (Premio Onuba 2006), *Mujer te doy* (Tercer Premio Casa Eolo-Fundación Bolskan), *El narrador de historias fantásticas*, *Las luces del puerto* (XII Premio de la Crítica de Asturias y Premio Taza de Oro del Club de Lectura Café Candás), *En aquel tiempo* (Finalista en el XXVII Premio Principado de Asturias-Fundación Dolores Medio), *Sal dulce* (Seleccionada como una de las diez obras finalistas en el LIX Premio Planeta), *Circo* (Premio Ángel Miguel Pozanco), *La vocalista ausente*, *Lo sucedido* y *El Valle de las Fuentes*.



VERÓNICA GARCÍA-PEÑA

Escritora. Periodista. Socióloga. Experta en periodismo cultural orientado al mundo del libro y la música. Cuatro novelas publicadas. La última, *La isla de las musas* (Suma, 2020). Analista política en opinión. Crítica literaria. Aula de Cultura en 'El Comercio'.



A stylized landscape illustration. The background features a range of mountains in shades of blue and purple, set against a sky of soft pink and red. In the foreground, there are rolling green hills and a body of water in shades of blue. The overall style is flat and graphic, with bold colors and simple shapes.

V CONGRESO DE ESCRITORES

Escuchar a Emilio Lledó fue una revelación. Todos los asistentes supimos que todo aquello que se aleje del conocimiento, de la consciencia histórica y de esa capacidad de observación tan necesaria en el artista es secundario. Nada en mi experiencia como escritor, como lector y como militante de la literatura fue igual desde ese momento. Le debo al profesor Lledó —y a la Asociación de Escritores Noveles que nos brindó la oportunidad de aproximarnos a su figura con lealtad y respeto— ser el escritor que ahora soy, el escritor que seré dentro de diez años y el legado, fecundo o minúsculo, que dejaré dentro de cincuenta.

El objetivo de este artículo, querido lector, no es otro que señalar la importancia que para un escritor tiene rodearse de literatura y escuchar a quienes la practican y sienten. La creación literaria, como toda disciplina artística, tiene hoy muchas aristas. El escritor escribe e interactúa con el mundo literario, que también es editorial, que también es mercantil y, por supuesto, político. El escritor debe conocer y poner en práctica herramientas paraliterarias que distan de esa figura propia de otros tiempos y tan necesaria, a veces, para reflexionar sobre el destino y nuestra razón de ser. Si algo nos aportan los encuentros literarios es el acceso a ciertos escenarios —desconocidos para muchos— en los que el escritor debe intervenir.

En los congresos de escritores de la Asociación de Escritores Noveles se ha hablado de estrategias, de las distintas formas de edición y de los lazos entre autores, editores y librerías. Gracias a ellos, muchos de nosotros hemos accedido al mundo editorial y publicado nuestras primeras obras.

Y el #VCongresoEscritores que se celebrará entre los días 3 y 5 de diciembre de este año 2022 no será una excepción. En él, y a través de sus ponencias, sabremos en qué consiste ser escritor, de qué modo debemos transformar la literatura y dejar que esta nos transforme, y cómo proteger el compromiso que nos permitirá, quién sabe si para siempre, escribir en libertad.



El entorno y la palabra se funden

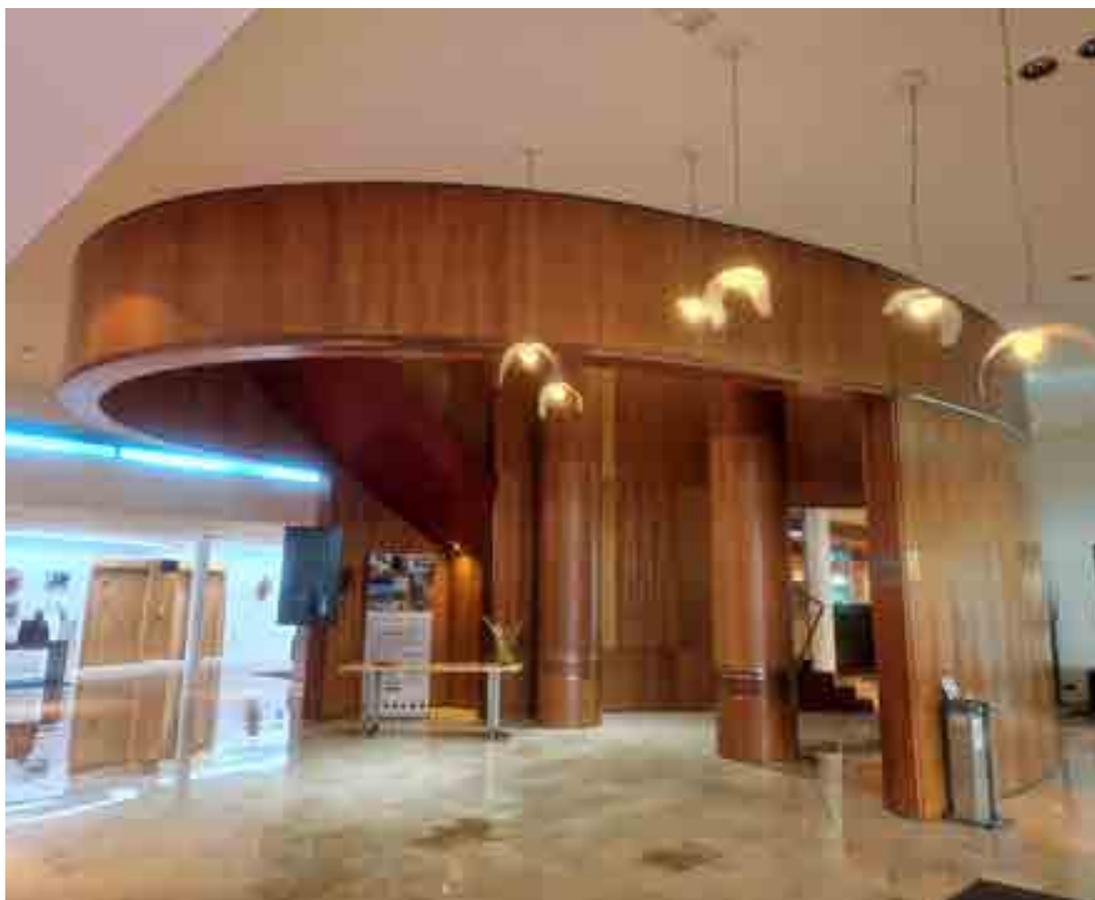
Por Covi Sánchez

Eres lo que haces, lo que eres y lo que te gusta: la literatura. Por eso buscamos que el espacio en el que fuese a estar el V Congreso tuviera vida propia y nos contara su historia, convirtiéndolo así en un asistente más del evento.

Elegir el abba Playa Gijón hotel, no fue mera casualidad. Este espacio cubre con nota elevada lo que buscábamos.

Comenzando por su vestíbulo, donde nos encontramos con una forma característica, emblema de nuestra ciudad, el *Elogio del horizonte*, de Chillida, incluyendo las gaviotas que vuelan en su entorno.

Otro de los guiños del hotel con la ciudad, además del comentado anteriormente, es su espacio cultural denominado «El muro», donde el arquitecto ha plasmado la bahía de San Lorenzo, a la inversa. Para ello, incluso dieron un tratamiento específico al suelo, el diamantado, logrando así el mismo efecto que el reflejo en el mar. Un espacio que nunca queda en blanco, siempre hay exposiciones colgadas (pintura, fotografía, dibujo, escultura mural...).



Stela, esencial en el V Congreso de Escritores

Por **Martina Barceló Fornaciari**

Stela es un software integral (un software que está ya instalado en un sistema hardware, que normalmente está diseñado para realizar una función específica) para la gestión del protocolo y los eventos. Está desarrollado por profesionales reconocidos del sector de protocolo y gestión de eventos; y, desde un punto de vista tecnológico, lo ha desarrollado la empresa zaragozana Diaple Networking S.L.

Según las necesidades del usuario, Stela reúne un buen número de utilidades necesarias para organizar un acto o evento institucional, tanto público como privado, desde el principio hasta el final. Así, podemos afirmar que Stela es una herramienta imprescindible para la organización del evento, lo cual incluye: la gestión, el envío y la confirmación de invitaciones, el registro de inscripciones, los aparcamientos, el programa oficial del evento, la gestión de espacios, la reserva de salas y restaurantes, los menús, las tareas, el equipo de trabajo, los regalos...

Stela debe su nombre a los monumentos de piedra, normalmente monolíticos, que se situaban en las plazas de los pueblos y en las que se grababan las normas y leyes de forma clara para que las conociera todo el mundo. El más famoso es la Stela de Hammurabi.

En el V Congreso de Escritores, Stela tiene una utilidad imprescindible. Es la herramienta para la gestión operativa de toda la organización del congreso: desde la creación de bases de datos con las confirmaciones de los congresistas, gestión de invitación para el acto de inauguración, atención a ponentes, gestión del programa oficial, coordinación de los traslados de los ponentes, organización del programa social, hasta toda la gestión interna y externa de la secretaría técnica. En este sentido, a través de Stela se diseñarán las acreditaciones, que llevarán implementadas un código QR, que diferenciará las acreditaciones con base al tipo de

inscripción. Las acreditaciones también llevarán implementadas un color de acuerdo con la distribución de espacios dentro del congreso.

A través de Stela, igualmente, se gestionará y se pondrán en escena los actos de inauguración y clausura del congreso, así como aquellas actividades que, por la importancia de sus intervinientes, requerirán un tratamiento organizativo y protocolario especial. Para ello, se harán listados previos de invitados, se enviarán las invitaciones, se gestionarán confirmaciones de asistencia, y se reservarán los espacios en los que se celebre el congreso.

Por medio de Stela se gestionarán los accesos al restaurante para los almuerzos de los días 3 y 5 de diciembre, el programa social y la cena oficial de clausura.

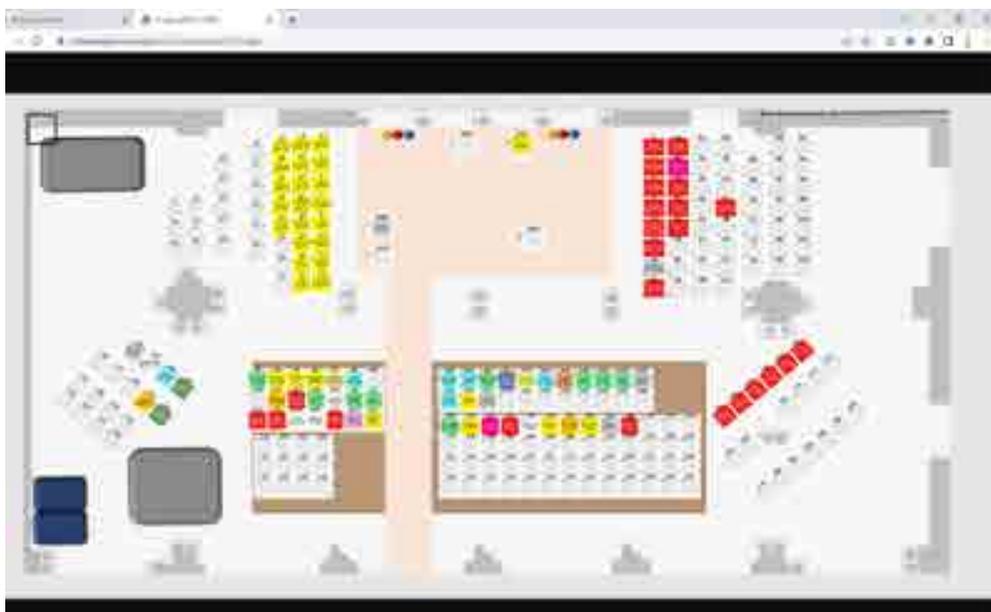
Stela también será la herramienta para gestionar la operativa del programa oficial de la estancia de la presidenta del Comité de Honor en el congreso, de la presidenta y vicepresidente de la Asociación de Escritores Noveles, y de cualquier otro miembro de dicho comité que confirme su asistencia.

A través de este software, desde el departamento de comunicación de la Asociación de Escritores Noveles, se gestionará el área de comunicación y prensa del congreso, acreditando a los periodistas que confirmen su asistencia, mediante el envío de convocatorias y notas de prensa, y cualquier necesidad que tengan durante su trabajo en directo en la sede del congreso.

Podríamos decir, sin lugar a duda, que Stela es la herramienta perfecta para la gestión de todo tipo de eventos: desde un evento privado con muy pocos invitados, hasta un acto de Estado con un número importante de asistentes. Ofrece calidad, seriedad, rigurosidad y un perfecto control en todo el evento, desde su planteamiento inicial hasta el balance final, ofreciendo imagen de marca al organizador, valor y reputación. Estamos plenamente convencidos de que

hoy en día estas plataformas tecnológicas son más imprescindibles que nunca.

*Martina Barceló Fornaciari,
alumna de grado de la Escuela
Internacional de Protocolo.
Deportista federada
en la federación de hockey
hierba con la selección
española
en las categorías sub16, sub18
y sub21.*



*Plano de un evento
organizado con Stela*



**CUENTOS
INFANTILES**

EL GATITO MIAU

POR ANTONIO GONZÁLEZ BALBUENA

El invierno es triste para los que no tienen hogar ni fuego en que calentarse. Pero, sobre todo, es triste para quienes no tienen a nadie con quien compartir el confortante calor de la familia o de la amistad. Así se sentía nuestro personaje, un gatito joven, que había sido abandonado por sus dueños. Estos, sin ningún cargo de conciencia, estimando que poseer un gato los obligaba a tener con él una dedicación que no les convenía, le echaron a la calle y le cerraron la puerta de su casa, en la que había crecido ofreciéndoles siempre un cariño que no supieron valorar.

Ahora, se encontraba en el alféizar de una pequeña ventana que daba a un patio de viviendas y otras edificaciones. Allí estaba acurrucado, al abrigo de la suave y melancólica llovizna, tan fina y fría que bien parecía un orvallo de pequeños afileres. Era una noche sin viento, oscura, y con una neblina tan tenue, que tal parecía que el aire estaba solo empañado.

Su cuerpo helado mostraba su delgadez, y su pelo, otrora limpio y lustroso, estaba sucio y apelmazado sobre su piel, que denotaba las ondulaciones de sus costillas. Tenía hambre, mucha hambre. Hacía días que apenas había comido. Y tenía frío, mucho frío, y no encontraba ningún sitio que le ofreciera el calor que necesitaba, y que le protegiera de la inclemencia de la noche.

Desde su precario cobijo, miraba en derredor, mientras emitía unos apenas audibles maullidos.

Sí, estaba triste, solo, hambriento y con sueño. Se le antojaba que su situación no podía ser más desoladora; pero, ¡ay!, es de todos conocido que no hay situación que no pueda empeorar.

Por encima de la cumbre del tejado de un almacén anexo, asomó

la cabeza de un gran gato, que oteó todo cuanto podía verse desde esa atalaya. Con un pequeño impulso, se situó sobre la cumbre y examinó cada uno de los rincones de la panorámica que se le ofrecía. Era un gato grande, adulto, fuerte y con aspecto resabiado. Su figura destacaba, con gran contraste, sobre la luz de fondo de una farola un tanto alejada.

De pronto, su mirada se posó sobre el aterido gatito y sus grandes ojos se achicaron, mientras su boca se contraía en una especie de maliciosa sonrisa. Se fue acercando el gran gato y, a medida que se aproximaba, el temor del gatito se iba acrecentando. Algo le decía que no era buena compañía.

El gran gato se dio cuenta del recelo que despertaba y se abalanzó corriendo hacia el alféizar donde estaba el atemorizado gatito quien, sacando fuerzas de donde no esperaba, saltó hacia el patio que estaba debajo. Corrió por él en busca de refugio, hasta que vio un ventanuco con rejas muy estrechas, y hacia allí se dirigió con la esperanza de poder escurrirse entre los barrotes.

El gran gato corría velozmente tras él. Le iba ganando terreno con rapidez, pero el gatito estaba tan delgado que, a pesar de lo estrecho del hueco, estiró todo lo que pudo su menguado cuerpecillo y consiguió pasar al otro lado, al tiempo que el hocico del gran gato se estrellaba contra los barrotes por el impulso de su carrera.

Pero no terminaron ahí las dificultades del gatito. La furia del gran gato se había acrecentado por el golpe recibido. Metía sus garras provistas de largas y afiladas uñas por entre los barrotes, tratando de alcanzar a la víctima de su ira.

Escapó como pudo de sus primeros intentos, hasta que comprobó que

la hoja del ventanuco estaba medio levantada. Rápidamente, se deslizó por ella y saltó al vacío sin saber dónde iba a caer. Todo era preferible antes que ser alcanzado por las garras de aquel malvado gatazo.

Cayó, por fin, al suelo sin hacerse daño. Por suerte, el ventanuco no estaba tan alto como parecía en la oscuridad. Respiró aliviado y se quedó quieto en el suelo, recuperándose del esfuerzo. Sus ojos, como los de todos los felinos, se habituaron a la penumbra rápidamente. Mientras se le pasaba la fatiga y normalizaba el corazón, que saltaba en su pecho como loco, miró en derredor para orientarse y saber dónde se había metido.

Se trataba de un local pequeño y lleno de estanterías cargadas de botes, cajas, tarros y toda suerte de objetos que no podía identificar. En lo que parecía ser la entrada de aquel recinto, había una puerta cerrada, flanqueada por grandes cajas, entre las que destacaba una, la de mayor tamaño, metálica, blanca. Era un congelador. En el lugar no hacía tanto frío como en el patio que acababa de abandonar, y su cuerpecillo empezaba a notar el beneficio de una mejor temperatura.

Como pudo, se incorporó y empezó a andar lentamente, examinando todo cuanto alcanzaba a ver. Pronto se dio cuenta de que las distintas cajas situadas por las estanterías estaban llenas de dibujos, y los botes, y los tarros, y las latas, todo. Cerca de él había una caja en la que podían verse unas hermosas galletas. Hum... ¡qué ricas!, con el hambre que tenía. ¡Quién pudiera comérselas! Pasó la lengua por encima de la más llamativa, esperanzado, pero el resultado no podía ser más desalentador. El cartón ni era comestible, ni sabía bien.

Continuó mirando por las estanterías y encontró latas de sardinas,

¡ay!, con lo que a él le gustaban. Otras latas contenían atún, caballa, albóndigas, garbanzos, alubias, lentejas, etc., cocinadas y listas para comer. ¡Aquello era un paraíso!, pero inaccesible. Recorrió el local, buscando por todos lados algo que pudiera degustar, pero todo estaba envasado. De nuevo, la primera alegría por el hallazgo se tornó en decepción. ¡Era un gato sin suerte!

Siguió deambulando sin rumbo por todas las instalaciones, hasta que, al pasar al lado del congelador, percibió que por la rejilla que cubría el motor salía aire caliente. ¡Albricias! ¡Por fin algo bueno! Se pegó a la rejilla y sintió la sensación benefactora del calor emitido por aquel gran artefacto.

Decidió acurrucarse en ese lugar para recibir el calor que tanto necesitaba. Tan a gusto se encontraba allí tumbado, que el sueño le fue invadiendo, como si de una dulce niebla se tratara.

Durante un rato, se debatió entre el afán de seguir despierto y una lasa somnolencia que le dominaba, aunque no podía dormirse del todo, ya que su estómago y sus tripas le reclamaban algo sustancioso que digerir con urgencia.

Por un instante, a su doliente duevevela, llegó un ligero olor, que su fino olfato captó como algo comible. El desmayo en que estaba sumido evitó que pudiera identificarlo. La casi inconsciencia que le poseía no impedía que, aunque su cuerpo se encontraba prácticamente dormido, su natural instinto se mantuviera en alerta. Y llegó nuevamente una leve ráfaga de aire, con el mismo tufillo a sustancia comestible que había detectado antes.

Primero abrió un ojo, luego el otro y se mantuvo expectante por si volvía a ocurrir y, de nuevo, aquel delicioso aroma acarició su sensible olfato. Se incorporó despacio con gran esfuerzo, y siguió lentamente la dirección que le marcaba el olor que percibía. Fue husmeando todo cuanto encontraba a su paso, mientras aquella fragancia iba aumentando en intensidad. El rastro le llevó ante un cubo de plástico con la

tapa mal asentada, lo que dejaba una abertura por la que salía aquel olor que revolvió sus jugos gástricos.

Se asentó sobre sus patas traseras y, estirándose cuanto pudo, consiguió acertar con su patita delantera derecha la tapa del cubo que se hallaba ligeramente desplazada. La tapa se movió y dejó una abertura mayor, por la que salieron unos olores más evidentes e identificables. Estaba claro, allí había comida. Como un resorte, se impulsó y subió a lo alto del cubo; pero, al tropezar con la tapa, esta terminó de deslizarse y cayó al suelo causando un gran estruendo. El ruido ocasionado en el silencio del lugar asustó a nuestro gatito, que se bajó del cubo a toda velocidad. Ya en el suelo, se quedó agazapado y quieto como una estatua, mientras su corazón daba unos saltos tremendos en el pecho. Al cabo de un rato, el silencio reinó de nuevo en el lugar. No había pasado nada. Todo parecía estar igual que antes. Poco a poco, fue recobrando la confianza y, más seguro de que la cosa estaba tranquila, se volvió a subir al cubo, dispuesto a examinar cuanto allí hubiera que pudiera mitigar su obligada abstinencia.

Sus ojos recorrieron la superficie del contenido, una especie de totum revolutum. La mayor parte era basura, seguramente arrojada allí después de barrer aquel pequeño almacén, pero también había restos de envases, botellas, botes, latas, etc. Su olfato iba seleccionando los olores y desechando todo lo que no fuera aprovechable. Pronto encontró un envase roto del que salía un delicioso olor. Era un yogur. Lo atrajo hacia sí con sus patitas, y comprobó que estaba rajado y la lámina de su tapa casi desprendida. Quedaba menos de la mitad del producto, pero aquello le pareció un banquete.

Comió con avidez todo lo que quedaba, lamiendo los restos hasta donde llegó con su lengua, calmando, en parte, el malestar de su necesitada tripa.

Pero allí había más cosas para comer, se lo decía su fino olfato y la urgencia de su apremiante apetito. Siguió rebuscando y encontró tarros

de mayonesa, latas de atún y otros productos del mar, seguramente tirados por estar caducados. Su perseverancia tuvo premio. Allí, semienterrado entre un montón de papeles, plásticos y otras cosas que mejor no mencionar, había unas lonchas de jamón cocido en un envase de plástico roto. Hincó las uñas en él y tiró con fuerza hasta que quedó encima de todo. ¡Eureka!, aquello sí que era un buen hallazgo, lo aprehendió con su boca y saltó al suelo, mirando a todos lados, todavía inseguro de su suerte.

Lo dejó a sus pies, lo contempló un instante, y estudió la manera de acceder a su contenido. Sin embargo, había depositado el envase con el fondo hacia arriba, y por allí no existía ninguna abertura. Empezó a moverlo con sus patitas delanteras, hasta que consiguió darle la vuelta, descubriendo la zona de plástico rota por la que salía aquel olor tan apetitoso. Con las uñas de sus patitas, logró rasgar más la fina lámina de plástico que lo cubría, quedando así aquel manjar al alcance de sus agudos dienteclillos.

El festín fue de los que hacen época. Pudo extraer los pedazos de lonchas que contenía, y se las comió con una voracidad cercana a la glotonería. Era mucha y muy atrasada el hambre pasada. Su delgado y casi famélico cuerpo fue recuperando el tono que necesitaba, y empezó a encontrarse bien.

Se relamió con satisfacción, mientras notaba cómo el vigor recorría todo su cuerpo. Por un momento, se sintió feliz y más seguro de sí mismo.

Con la tripa totalmente llena, percibió una persistente y saludable somnolencia que se adueñaba de su cuerpo y de su consciencia, de tal modo que se le hacía difícil mantener los ojos abiertos. Sus párpados insistían en bajarse, al tiempo que parecía entrar en una agradable sensación de irrealidad. Se fue andando despacio hasta la base del congelador, de donde salía aquel vivificante calorillo, y se acostó pegado a la rejilla. Echó una última mirada a un lado y otro, apoyó la cabeza sobre sus patitas y recogió

el rabo hacia delante. Un instante después, estaba totalmente dormido.

* * *

Pasó varias horas sumido en un profundo y reparador sueño, que le fue devolviendo poco a poco la vitalidad, restableciendo las fuerzas perdidas por su involuntario ayuno.

De pronto, el resorte intuitivo del que están dotados todos los felinos llamó con urgencia a su dormida consciencia. Algo pasaba cerca de él que afectaba a su seguridad. Alerta, abrió los ojos primero, levantó la cabeza después, y se fue incorporando lentamente mientras miraba a todos lados, olfateaba el aire y afinaba el oído. Por fin lo vio. Allí, en la obscuridad del fondo, entre las estanterías, brillaban unos malignos ojos oblicuos que le espiaban atentamente. A pesar de la oscuridad, en seguida se percató de que se trataba de una enorme rata de ojos amarillos y mirada perversa, que estaba agazapada, al acecho, en actitud hostil.

En un instante, se reveló su agudo instinto de conservación, poniendo en alerta su innata capacidad para defenderse, al tiempo que despertaba en él su heredada facultad de cazador, preparándose para hacer frente a la nueva e incierta situación que se avecinaba.

Sin duda, la rata le consideraba un intruso en lo que juzgaba su territorio y, por supuesto, no deseaba compartirlo con nadie, y menos con un gato. Así que se aprestó para atacar a quien tenía por invasor y avanzó lentamente mientras estudiaba a su contrincante. Pensaba que un gato de poco tamaño no podría ser un enemigo difícil y que podría demostrarle quién era allí el amo.

Pero nuestro gatito tenía un corazón valiente. Su génesis le había transmitido todos los valores del buen cazador, y se dispuso a enfrentarse a la rata con entereza. Ambos contendientes se fueron aproximando, acentuando sus respectivos gestos de intimidación, y estudiándose mutuamente.

De repente, la rata saltó hacia delante, tratando de caer sobre el gatito,

pero se encontró con que los reflejos de este le permitían moverse con rapidez y anticipación. Esquivó la acometida, se volvió contra ella y le clavó las uñas en la espalda. La rata chilló y se enfureció al máximo, arremetiendo con furia contra su oponente. A partir de aquí, la pelea fue feroz. Saltaban enzarzados por entre las estanterías, derribando todo tipo de envases, latas y frascos, con lo que organizaron un gran estrépito.

En el ardor del enfrentamiento, siguieron derribando cuanto encontraban en su improvisada palestra. Baldas, estanterías y productos se balanceaban y caían al suelo, causando un ruido de tal volumen sonoro, que parecía el fragor de una verdadera batalla.

De vez en cuando, se paraban uno frente al otro para recuperar el aliento. La contienda era de una gran dureza, y las fuerzas estaban más igualadas de lo que ambos hubieran podido prever.

Nuestro pequeño héroe, aunque había recuperado bastante energía tras el banquete y posterior descanso mientras dormía, empezaba a dar muestras de fatiga. Aún le faltaba mucho para estar en forma, y el esfuerzo y la velocidad de la lucha mantenida estaban mermando sus fuerzas y sus posibilidades de ganar el combate. Pero su ánimo se mantenía intacto y su valentía era evidente.

De nuevo, la rata saltó sobre el gatito, y la pelea volvió a adquirir una singular virulencia, de tal suerte que se estrellaron contra una de las esquinas de una estantería próxima. En ese momento, provocaron que una enorme lata de guisantes, que estaba en lo más alto de la estantería en un equilibrio inestable, se deslizara y se precipitara al vacío, yendo a caer sobre el lomo de la rata. Un crujido de huesos siguió al impacto de la lata, que se fue rodando por el suelo hasta detenerse al llegar a la pared.

El extremadamente fatigado gatito se quedó mirando sorprendido a lo que había quedado de su enemigo. No acababa de creerse que todo hubiera acabado de una manera tan sorpresiva.

Con la respiración entrecortada por el agotamiento, empezó a darse cuenta del caos que, en el calor de la batalla, habían organizado en el recinto. Parecía como si un tornado hubiera pasado por allí.

De golpe se abrió la puerta y alguien encendió la luz. Un señor alto y corpulento había irrumpido con violencia en la estancia, contemplando sorprendido el estado caótico del almacén, con gran parte de los productos almacenados por el suelo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —se preguntó incrédulo.

La escena que se mostraba a sus ojos era desconcertante, pero pronto reparó en algo medio oculto por una de las estanterías. Se acercó bordeándola y se encontró con un pequeño gato jadeante, y en aparente mal estado, y una enorme rata agonizante.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el hombre—, pero si es la maldita rata que ha estado estropeándome el género todo el año.

Se agachó para contemplar el escenario de lo que parecía haber sido una singular batalla y, sujetando a la rata por el rabo, la echó al cubo de la basura y lo cubrió con la tapa haciendo evidentes muestras de asco. Luego se volvió hacia el gatito, que no se había movido por el agotamiento, y lo contempló con admiración.

Lo cogió con ambas manos, se incorporó colocándolo a la altura de los ojos y comentó:

—¿Cómo es posible que un gato tan pequeño y flacucho se haya cargado a una rata como esa? Desde luego, eres un gatito muy valiente. A saber de dónde sales y cómo te llamas.

Nuestro gatito miraba atemorizado al hombre y acertó a maullar débilmente.

—¡Miau! ¡Qué gracioso! Pues Miau te vas a llamar. Atrajo al gatito contra su pecho con su mano izquierda, mientras con la derecha le acariciaba la cabecita.

Miau, que desde ese momento así se iba a llamar, agradeció las caricias que recibía y empezó a ronronear. Sus temores comenzaban a desvanecerse. Se iba aperciendo de que era bien recibido, y él deseaba mostrar su agradecimiento y su fidelidad. Por fin, parecía que se había acabado su desgraciado deambular, huyendo de todas partes, pasando hambre y frío. En estas estaba, cuando aparecieron en el umbral de la puerta una señora y una niña, ambas en bata y con cara de susto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la señora.

El señor se volvió sonriente hacia su familia y les dijo:

—¡Se acabó nuestra pesadilla! Este gatito que veis aquí cazó a la rata que nos ha causado tanto daño estropeando la mercancía del almacén. Era una rata enorme. La he tirado a la basura. Si queréis os la enseño.

El dueño del almacén no sabía que, en realidad, lo que había acabado con la rata era un enorme bote de guisantes que le había caído encima, pero nuestro gatito no se lo podía decir. Sin pretenderlo, le había adjudicado una hazaña que, cuanto menos, no pudo concluir.

—¡No, no! —exclamó la señora—. Ya sabes que a mí me dan mucho asco todos esos bichos. ¡Ni hablar! Prefiero ir recogiendo todo esto —comentó señalando las cosas que había por el suelo.

—No es necesario —respondió el señor—. Ya se hará mañana tranquilamente.

—¡Papá, papá! —dijo la niña—. ¿Puedo coger el gatito? Es tan mono.

—Bueno, pero ten cuidado. Está hecho un saco de huesos —comentó riendo—. Tendremos que alimentarlo bien.

—Entonces, ¿nos lo podemos quedar? —preguntó la niña mirando a su padre suplicante.

—¡Pues claro! —le contestó—. Necesitamos un gato y dónde podríamos encontrar otro más valiente que este. Nos ha hecho un gran favor, y tenemos que ser agradecidos. Desde este momento, forma parte de la familia.

La niña, con grandes muestras de alegría, cogió el gatito que le ofrecía su padre y empezó a acariciarlo con gran mimo, mientras miraba a sus padres con unos ojos henchidos de satisfacción y con una amplia sonrisa.

—¿Y cómo le vamos a llamar? —planteó la niña.

—Ya tiene nombre —le explicó su padre—. Se llama Miau.

—¿Miau? —exclamaron madre e hija al tiempo.

—Pues es lo que ha dicho cuando se lo he preguntado —afirmó el padre riendo de buena gana—. Además, es un nombre muy gracioso para un gato. A mí me gusta. ¿Qué os parece?

Madre e hija se rieron con el padre. Estaba claro que les parecía un nombre adecuado.

—Vamos a casa a darle de comer —pidió la niña mientras se dirigía a la salida.

—De acuerdo —dijo la madre—. Le prepararé una papilla con leche, pero antes le vamos a dar un baño con agua calentita, para quitarle toda la mugre que lleva encima el pobrecito.

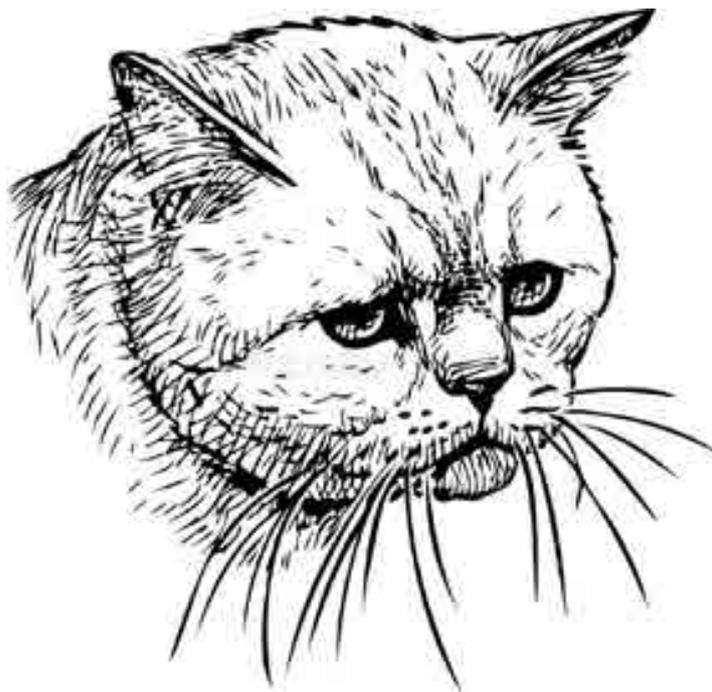
Ambas, madre e hija, salieron de la estancia.

El padre se quedó un momento mirando el estado en que había quedado todo. Sonrió, y con un gesto de satisfacción apagó la luz, salió del almacén y cerró la puerta.

Así fue como Miau encontró una familia que sabía apreciar sus cualidades. Él les brindaría todo su cariño y todos los recursos que pudiera ofrecer el mejor de los gatos.

La familia que le adoptaba era buena gente, cariñosa y trabajadora; y cuando los corazones de seres nobles se unen, la felicidad suele ser una meta fácilmente alcanzable.

Y colorín, colorado, este cuento puede que no se haya acabado.



LAS HORMIGUITAS DE LA CÁSCARA DE NUEZ

POR ALICIA MARTÍ PALLARÉS



Érase una vez dos hormiguitas que vivían y trabajaban en un hormiguero. Se pasaban la vida agujereando la tierra y recogiendo el trigo caído en el campo, las ramitas rotas por los pájaros, las hojas secas de los árboles, así como cualquier otra cosa que se pudiera comer o les sirviera de abrigo.

Al final del día, acababan muy cansadas.

Un día, al pasar por delante de un lago, se encontraron media cáscara de nuez. Una de las hormiguitas se sentó sobre una piedra para descansar y comenzó a quejarse:

— ¡Estoy harta de trabajar todo el día! Nunca nos divertimos. ¿Qué te

parece si cogemos esta cáscara de nuez? —La otra hormiga se la quedó mirando intrigada—. Si le clavamos en medio una ramita con una hoja de árbol, nos servirán de mástil y vela ¡Tendremos un magnífico barco para ir a pasear un rato por el lago! ¡Y esas ramas nos pueden servir de remos! —exclamó.

—¡¡Sí!! Hagámoslo —contestó la otra.

Dejaron en el suelo los granos que habían recogido por el camino y corrieron a coger la cáscara de nuez para convertirla en un pequeño barco.

Cuando la tuvieron lista, la subieron a una roca, la lanzaron al agua y, a continuación, saltaron ellas. Remaron y se fueron a explorar todos los rincones del lago. Al llegar justo al centro, se detuvieron y se tumbaron a descansar.

—¡Mira que chulo! ¡Estamos rodeadas de agua por todas partes! ¡Qué divertido! —decía una apoyada

sobre una parte de la cáscara de nuez que le hacía de barandilla.

—¡Descansemos y disfrutemos de la vida! Esto sí que es divertido y no tener que trabajar todo el día cargando trigo y ramas como nos obligan en el hormiguero —añadió la otra mientras masticaba un trocito de nuez que había quedado enganchado en el interior de la cáscara.

—¡¡Mira, mira cómo trabajan nuestras compañeras!! —rió la primera señalando con su dedo la hilera que formaban sus amigas a lo lejos.

—Cierra los ojos y descansa, descansa... ¡Echemos una siestecita! Que nos la merecemos —bostezó la otra estirándose en el suelo de la cáscara.

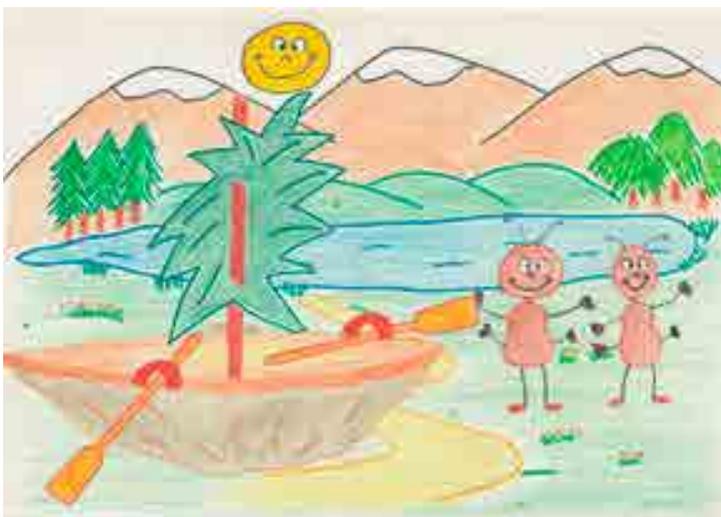
El movimiento de la barca las meció y se durmieron. No se dieron cuenta del paso del tiempo y de que la agradable y suave brisa que corría empujó a unas feas nubes a tapan el sol, que tanto les gustaba.

El viento agitaba el agua provocando que la cáscara de nuez se tambaleara de un lado a otro.

Se despertaron. Jugar a rodar por el suelo las divertía. Lentamente, se les hizo de noche.

El viento soplaba cada vez más fuerte y la oscuridad de la noche ocultaba los nubarrones negros, que no tardaron en descargar grandes gotas de lluvia. El agua se movía cada vez más y la cáscara giraba de un lado a otro como una peonza.

La tormenta duró un buen rato. Descargó con tanta fuerza que, con el movimiento, entraba más agua de la que la pequeña embarcación podía





soportar. Las dos aventureras pasaron mucho miedo, por el ajetreo y porque no dejaba de entrar agua en la cáscara de nuez, tanto de la lluvia como del lago. Se agarraron donde pudieron. Asustadas, descubrieron que habían perdido los remos, y el mástil con la vela se había roto y casi se les cae encima.

El oleaje era cada vez más fuerte. De pronto, una ola muy alta lanzó la

cáscara de nuez y las hormiguitas a la orilla.

Al caer sobre la tierra, la cáscara de nuez se rompió, y las hormiguitas se quedaron aturdidas a su lado. Lentamente, la tormenta pasó y dejó de llover. Cuando salieron los primeros rayos del sol ahuyentaron a las terribles nubes.

Las traviesas hormiguitas tenían frío y estaban asustadas. Empezaron a correr hacia el hormiguero.

Al llegar, las estaba esperando enfadada la hormiga reina. Les preguntó dónde habían estado toda la noche, pues estaba muy preocupadas por ellas. Temía que les hubiera pasado algo grave. Le contaron toda su aventura y prometieron que nunca más volverían a marcharse sin su permiso.



LOS SUPERGORRIONES

POR LÍA GONZÁLEZ

Clareaba el amanecer...

En un lugar no muy lejano, el sol empezaba a brillar. Un pajarillo piaba por si alguien le oía cantar.

Subido en la rama de un roble, contemplaba absorto el paisaje, al tiempo que cuidaba su nido. En él sus dos hijitos dormitaban, y mamá gorrión peinaba sus plumas sin parar.

El paisaje era precioso. Cuatro hadas los cuidaban arropándolos con sus túnicas azules, igualito que el cielo estrellado que sobre ellos relucía y contemplaba la belleza de los gorriones que no dejaban de soñar.

El sol los calentaba con sus rayos. Los duendes los divertían saltando a su alrededor. En medio de aquel inmenso bosque, una fuente soltaba el agua que un manantial montaña arriba le dejaba acariciar.

Con el agua de la fuente se regaba el bosque, habitado por robles, encinas y castaños centenarios. Unas florecillas silvestres adornaban los senderos y guiaban las rutas de las personas que por allí transitaban, que más bien eran pocas, pero sabían admirar aquel bello paisaje.

El papá gorrión se llamaba Piqui. Sus hijitos eran Luc y Tel; y la mamá se llamaba Mar. Cuatro superhéroes, sin trajes espaciales, pero con mucho amor para dar a todos los que por allí solían pasar.

Ese era su lugar preferido, allí donde habían nacido una tarde de invierno Luc y Tel, cuando el sol ya se ponía y la luna empezaba a salir para iluminar el espectáculo. El agua para regar sus tierras y el monte para aliviar sus pesares.

Siempre estarían juntos, por la vida y por los altos, por esos caminos

surcados por robles, encinas y castaños centenarios. Los cuatro superhéroes, por los bosques y la tierra que los cobijaba.

*Un pajarillo piaba
y unas notas que sonaban,
el agua puro cristal
entre piedras resbalaba,
y dos gorriones asomaron
sus piquitos...
por encima de la nada.*



Los gorriones quisieron volar y colocaron sus alas. Mamá les arregló las plumas, y se lanzaron por encima de aquel roble que hasta entonces les había servido de cuna y de casa.

Papá gorrión se llevó un susto al ver a sus pequeños volando. Al momento extendió sus alas, dispuesto a recoger el vuelo en caída libre que sus pequeños habían decidido probar.

¡Los peques no se caían! Estaban jugando con el aire entusiasmados.

En ese momento llegaste tú, que caminabas un poco despistado. Fueron los supergorriones los que te

guiaron, monte arriba, para que no te perdieras. Se posaron encima de la fuente para que, sentado en sus escaleras, pudieras beber y refrescarte.

Esta es la fuente que vieron los gorriones, y la que adoptaron como amiga, la que cuidaba del nido que antes había sido su casa.

Así vivieron por siempre, juntos y sin separarse. Los gorriones todos contentos, como los superhéroes volantes.

Al final acabaron haciendo un trato y, como testigos, firmaron los robles, las encinas y los castaños centenarios. La fuente con su agua cristalina, el sol con sus potentes rayos y la luna que los iluminaba.

El trato fue que nunca se separarían, papá gorrión y mamá gorrión con sus pequeños supergorriones; superhéroes inseparables.

Este cuento nunca se contó, porque nunca existieron sus protagonistas, hasta ahora que papá Piqui decidió presentárnoslos.

Así que, desde ya, serán famosos los supergorriones con sus trajes de plumas especiales, sus piquitos naranjas, sus ojitos amorosos y sus miradas relampagueantes.

Podéis acercaros a su casa cuando queráis. Os recibirán siempre con una alegría renovada.

A stylized landscape illustration. The background is a gradient of light green to yellow. In the upper half, there are several light green, rounded mountain peaks. Below them, a range of darker green mountains with sharp peaks is visible. The foreground is a dark teal color with jagged, dark green mountain peaks. In the sky, there are several small, dark green birds in flight. The word "RESEÑAS" is written in white, bold, uppercase letters in the center of the dark teal foreground.

RESEÑAS

EL LIBRO NEGRO DE LAS HORAS

DE EVA G.^a SÁENZ DE URTURI



Reseñado por
Bárbara Cruz Sánchez

El libro negro de las horas, o cómo pasar del miedo al placer en dos líneas.

Siempre es un placer leer una nueva novela de ese autor que te enamoró desde el primer día. Más aún si con esa obra recuperas a un personaje al que ya consideras un amigo por el cariño que le has cogido después de leer sus historias. Y eso es justo lo que ocurre con Unai López de Ayala, alias Kraken, el perfilador de la policía de Vitoria que protagonizó la *Trilogía de la ciudad blanca*.

Ahora bien, el hecho de que esa nueva novela sea la continuación de una historia que había concluido, y con un final aparentemente redondo, hace que junto a ese placer también surja cierto miedo ante lo que te vas a encontrar. ¿Cuántas historias se alargan por ese afán de prolongar el éxito, para al final solo llevar decepción a los fieles lectores?

Sin embargo, basta leer las dos primeras líneas de la novela para comprender que el placer va a ganar al miedo: «Alguien que lleva muerto cuarenta años no puede ser secuestrado y, desde luego, no puede sangrar».

Así es como comienza *El libro negro de las horas*. Tal vez, el mejor arranque dentro de la bibliografía de Eva García Sáenz de Urturi, toda una experta en enganchar al lector desde la primera página. Y eso que con su nueva obra se partía a priori de una situación bastante tranquila: la de un Unai retirado del servicio y dedicado a la enseñanza de futuros policías.

Por tanto, en cierto modo era de esperar que, en esta ocasión, la acción tardara en llegar. Y así, de paso, el lector podría conocer un poco más de esa vida más sosegada y que tanto merecía un personaje al que hasta entonces solo había visto sufrir.

¡Nada más lejos de la verdad! Pero, por si esto no bastara, la intriga va a llegar de la mano de un personaje que nunca antes había aparecido, que el lector ni siquiera sabía que existía, y eso que guarda una relación directa con el pasado de Unai...

Así, en lugar de ir a lo fácil y mostrar un crimen horrendo que solo un investigador como Unai puede desvelar, por lo que es necesario sacarlo de su merecido retiro (cuántas sagas de novelas policíacas comienzan con un hipotético «último caso»), Eva García Sáenz de Urturi va a lo difícil.

¿Cómo? Pues sacándose de la chistera a la mismísima madre de Kraken, quien en teoría llevaba cuarenta años muerta y de la que hasta entonces solo se sabía que había fallecido cuando Unai era un niño.

Aunque lo mejor es que, gracias a la irrupción de este personaje, Eva García Sáenz de Urturi lleva a Unai (y al lector con él) a un mundo sorprendente, mágico y aterrador a partes iguales: el de la bibliofilia.

Porque resulta que, junto a los clásicos móviles para cometer un asesinato, como es matar por celos, por venganza o por dinero, también existe la opción de matar por un libro. Y en este caso, además, parece que ese libro ni

quiera existe. Sin embargo, solo por conseguir *El libro negro de las horas*, que es la rareza entre las rarezas de las obras impresas, hay mucha gente dispuesta a hacer lo que sea...

Eso sí, tal vez lo más inquietante sea descubrir que ese afán de coleccionismo no siempre responde a la pura especulación. Y que también hay bibliófilos obsesionados por hacerse con ciertos libros, únicos en el mundo, solo por el placer de saber que son sus dueños. Da igual lo que les haya costado o a cuántas personas hayan tenido que matar para conseguirlo.

A grandes rasgos, estas son las claves de la nueva novela de Eva García Sáenz de Urturi. Una obra en la que el misterio y los crímenes se desarrollan al tiempo que descubrimos excepcional en el que habitan los libros antiguos. Y esto último es, precisamente, una de las razones por las que siempre merece la pena leer todas las obras de esta escritora.

Y es que, gracias a la ardua investigación que realiza con cada novela, el lector aprende muchísimo. Así, con *La saga de los longevos* puede conocer a fondo la no siempre entendida profesión del arqueólogo. Y con la *Trilogía de la ciudad blanca* es posible recorrer la maravillosa ciudad de Vitoria, junto con su historia y arte.

En el caso de *El libro negro de las horas* se abre al lector el mundo de las librerías de viejo, incluidos algunos escenarios imprescindibles del Madrid literario como son el Barrio de las Letras, la cuesta de Moyano junto al Retiro (incluida su célebre Feria del Libro) o el Instituto Cervantes y su sobrecogedora «Caja de las letras».

En definitiva, un placer para los sentidos y para el conocimiento que, como suele ocurrir con las novelas de Eva García Sáenz de Urturi, consigue que, apenas terminas el libro, tengas ganas de recorrer todos esos escenarios, desconocido hasta entonces.

Datos del libro

El libro negro de las horas
Eva García Sáenz de Urturi
384 páginas
2021



LA TÍA TULA

DE MIGUEL DE UNAMUNO



Reseñado por
Dani A. Díaz

LA CABEZA DE FAMILIA

Era llegado el turno de tapar una dolorosa grieta en mi formación lectora... ¡no haber conocido el universo de UNAMUNO! El gran filósofo y escritor español no necesita presentación.

Para debutar en su extensa obra me decanté por “LA TÍA TULA”, uno de sus títulos más emblemáticos.

Se trata de una novela corta (menos de doscientas páginas) centrada en la poderosa figura matriarcal de Gertrudis. Una mujer que, a pesar de no tener hijos, se convertirá en la madre, el faro y el guía de todos los familiares que la rodean y componen su hogar.

La narración ofrece una gran intensidad y viveza. Merced a sus inteligentes diálogos, trufados de sutilezas y dobles sentidos, quedarán retratados hasta el tuétano los diferentes personajes: su hermana Rosa, su cuñado Ramiro, los tres hijos del matrimonio, su tío Primitivo, el médico don Juan, la criada Manuela, la “nuera” Caridad... Un cosmos variopinto, repleto de acusadas personalidades que gravitará en torno a esa majestuosa e imprescindible figura central encarnada por la gran protagonista del relato.

No se esbozan fechas, lugares ni acontecimientos históricos. La trama transcurre entre conversaciones, consejos, secretos de confesionario y conflictos morales.

Se suceden partos, emparejamientos y defunciones con una capacidad de síntesis descomunal.

La idea principal es el ansia de maternidad de Gertrudis que no dudará un solo momento en sacrificar toda su vida para desvelarse por los suyos.

Sus bondades y esfuerzos originarán incluso remordimientos y análisis de conciencia, dudando la protagonista si obedecen a sentimientos desinteresados o esconden algún deseo inconfesable u oculto.

A destacar un recurso estilístico muy original que consiste en el engarce de parejas inversas de palabras modificando su función gramatical: “desdeñosa lástima, lastimero desdén”, “serenamente graves, gravemente serenos”, “congoja reposada, acongojado reposo”...

La omnipresencia de la tía Tula trascenderá su propia vida y será recordada por la siguiente generación como símbolo de cohesión de la familia y ejemplo para apagar rencillas, celos, envidias y demás malas hierbas.

El propio autor incluye un interesante prólogo en el que intenta descifrar las claves quijotescas y teresianas que anidan en la que, sin duda, se trata de una de las novelas clave del siglo XX.

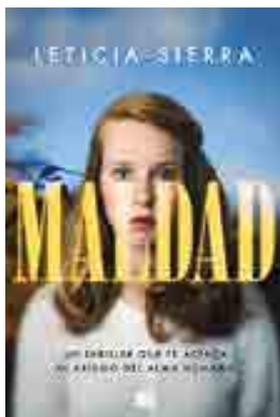
Grieta tapiada y... ¡misión cumplida!

Datos del libro

La tía Tula
Miguel de Unamuno
Alianza editorial
176 páginas
1921

MALDAD

DE LETICIA SIERRA



Reseñado por
Miguel A. Oliver

Se suele decir de algunas novelas que van de menos a más. *Maldad*, de Leticia Sierra, va de más a mucho más.

Al igual que en *Animal*, la escritora asturiana se ha decantado por usar capítulos cortos, casi como artículos de prensa, que te hacen querer saber más y que tienen un ritmo vertiginoso. Un acierto, sin duda alguna.

En esta novela, Leticia Sierra ha ido un paso más allá, ha sido valiente a la hora de abordar temas tan espinosos como el *bullying* o la violencia de género, desde un punto de vista crítico con la sociedad, los estamentos y las leyes.

Podría haber sido políticamente correcta, pero entonces no hubiese sido Leticia Sierra.

Como no quiero hacer *spoilers*, termino esta reseña diciendo que hubo momentos, sobretodo al final, en los que la excitación me hacía querer seguir leyendo y, si algo me impedía hacerlo, incluso me enfadaba. Necesitaba leer más, saber más, averiguar la verdad para poder irme a dormir en paz.

Una vez terminada, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, siento miedo de ciertos aspectos de la maldad humana y de la sociedad; y, por otra, esperanzas de que pueda cambiar. Por una parte, euforia por haber leído tan magnífica obra. Por otra, soledad, pues he de esperar a la siguiente novela de Leticia Sierra para reencontrarme con mis amigos Olivia, Castro, Mario, doña Elena...

Datos del libro

Título: *Maldad*
Autora: Leticia Sierra
Editorial: Ediciones B
407 páginas
abril 2022

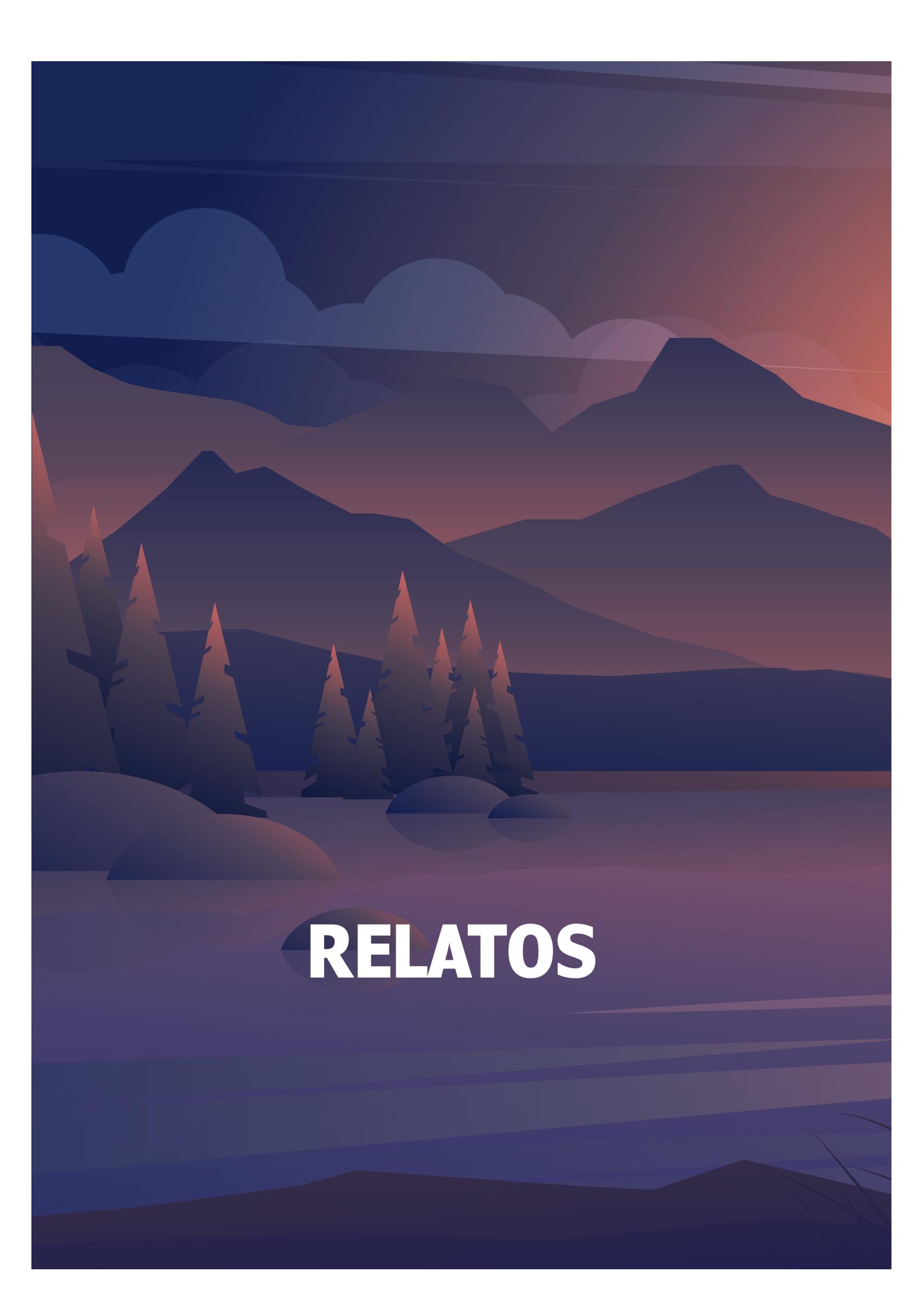


El siglo
Begoña González
782 págs.
24 €

**NOVEDAD
EDITORIAL**

España en los albores del siglo XVI. Una mujer judía escondida. Un monje que busca justicia para un niño. Una gran dama de Toledo. Unas montañas del norte... Y una mentira que puede cambiarlo todo.

Velasco 



RELATOS

AMORES QUE ATAN

POR MANUEL GARCÍA RUBIO

El Presidente entró en la sala de cuidados intensivos acompañado del director del hospital y de la esposa de Casimiro Gutiérrez. Compungido, nervioso, la mirada ida, dos bolsas oscuras bajo los ojos, se fue hacia el paciente, que parecía dormido, y lo examinó con un rápido vistazo. Luego preguntó al galeno por el diagnóstico. Este se le acercó y le dijo al oído:

—La bala le afectó la médula espinal. Quedará tetrapléjico si tiene suerte.

La tarde anterior, como todos los días, el Presidente salía de oír misa en la catedral. Casimiro Gutiérrez, su guardaespaldas desde hacía siete años, le abría el paso. A pocos metros, los aguardaba un perturbado que esgrimía una pistola viejísimas de calibre 45. Apuntó con acierto, pero Gutiérrez se interpuso entre el prócer y la bala, tal como había ensayado mil veces antes de aquella fatídica ocasión. El proyectil entró en su pecho, cerca del corazón, y le destrozó vísceras y vértebras.

—Téngame informado puntualmente de cualquier incidencia —ordenó el Presidente al médico—. Estamos ante un hombre excepcional.

Tres semanas después, Casimiro Gutiérrez se encontraba instalado en una habitación del hospital reservada para sus clientes vip. Estaba fuera de peligro, pero con el pronóstico del director confirmado. Viviría el resto de sus días anclado a una silla de ruedas, dependiendo de los demás para las actividades más elementales. El Presidente acudió raudo a visitarlo. Su aspecto no había mejorado. Antes, al contrario, se había ido deteriorando paulatinamente, preso de una turbación interior de magnitud inexplicable.

—Quiero que sepa que rezo por usted todos los días, Gutiérrez —le dijo cuando se quedó a solas con él, tras

exigir que toda la cohorte de periodistas que lo acompañaba se retirase.

Casimiro Gutiérrez se expresó penosamente, articulando las palabras con un esfuerzo conmovedor:

—Se lo agradezco, Presidente, conozco su fervor por la Virgen de los Desamparados. Sé lo bien que me vendrá su intercesión.

—También quiero que sepa que le será concedida la Gran Cruz de la Orden Republicana al Mérito Policial con distintivo blanco y diamantes, y que, en lo sucesivo, no tendrá ningún problema económico para atender todos los gastos que su atención requiera. Ninguno, se lo aseguro —prosiguió el mandatario como urgido a despejar cuanto antes toda inquietud de su escolta.

Casimiro Gutiérrez se emocionó. En sus párpados se embalsaron sendas lágrimas, tanto más meritorias cuanto que venían de un hombre aguerrido, entrenado para la desgracia.

—Y ahora viene lo más difícil para mí, Gutiérrez. He dudado mucho si debía contárselo. No dejé de preguntarle al Señor, día y noche. Al fin, ya sé que su recuperación es una señal del Cielo que me emplaza a hacerlo.

En este punto, la boca del Presidente se llenó de un puchero patético. Quiso seguir con su discurso, pero el trémulo de su garganta se lo impidió. Entonces se arrojó sobre Gutiérrez y escondió su rostro contra la almohada. Rompió a llorar. Cuando recuperó el resuello se levantó, fijó su mirada en la del escolta y dijo:

—Llevo dos años acostándome con su señora esposa —intentó ser respetuoso en las formas.

La cara de Casimiro Gutiérrez empezó a adquirir un color sonrosado que, poco después, pasó a rojo y luego, en un estertor, a morado. Intentó balbucir algo así como que no podía respirar. Tuvo varios espasmos. Soltó espuma por la boca. Blasfemó. El Presidente corrió en busca del director del hospital, que esperaba en la antesala. Casi de inmediato, la habitación se llenó de médicos y de enfermeras. Felizmente, la crisis fue breve. Le aplicaron un sedante y Casimiro Gutiérrez se durmió.

Cuando despertó, el Presidente todavía estaba allí.

—No quiero irme sin contar con su bendición, Gutiérrez, compréndalo. La necesito para lavar mi conciencia.

«Para lavar tu conciencia y marcharte de rositas, hijo de la gran puta», pensó Gutiérrez que, en su desmayo, había descendido a los infiernos, donde un íncubo con cara de conejo lo sodomizó cinco veces sin perder la sonrisa ni la compostura. Tenía que desquitarse, buscar una salida. Y rápido. Pero ¿qué podía hacer él contra la primera magistratura del país, amarrado a un cuerpo atroz, de una inmovilidad definitiva? Sin embargo, tras las tinieblas vino la luz. Se la jugó a todo o nada.

—Presidente, si mi perdón sirve para algo, cuente con él.

De pronto, el presidente lo miró con desconfianza, pero luego volvió al llanto con alegría desbordada.

—¡Gracias, mil gracias! —se abalanzó sobre su guardaespaldas.

—Pero yo ya estaba al corriente de todo —Gutiérrez continuó, impertérrito.

El Presidente alzó la cabeza.

—¿Cómo dice? ¡No puede ser!

—Sí, claro que sí.

—Entonces, ¿por qué se arriesgó por mí? ¡Casi lo matan!

Gutiérrez dejó los ojos en blanco:

—Por amor, Presidente.

—¿Por amor?

—Por amor, sí, por simple, llano y maldito amor.

El Presidente saltó de la cama como accionado por la visión de un espectro. Se puso a caminar alrededor de Gutiérrez mientras intentaba poner orden en su cabeza.

—Por amor cristiano, querrá decir —aventuró con soniquete de recelo.

—No, Presidente, por amor carnal, lascivo, violento, diría yo. Ahora puedo explicarlo sin miedo a perderle el respeto: lo amo desde mi primer servicio, lo amo compulsivamente, brutalmente. Me cautivaron sus gestos, su mirada, esa varonil resolución con la que me daba las órdenes. Perdóneme, pero lo adoro hasta reventar.

—¡No diga disparates, Gutiérrez!

—De acuerdo, solo hasta la locura. Y no veía el día en que usted reparara en mí y me hiciera suyo, siquiera por una noche. No sabe usted cuántas veces soñé con ese momento. Sin ir más lejos, poco antes del atentado tuve una polución nocturna por su culpa.

—¡Por Dios, Gutiérrez, cállese!

—Pero no se preocupe, Presidente. Mi amor fue sordo, respetuoso y leal. Jamás habría hecho nada que lo importunara. Aunque, eso sí, daría mi vida por usted, antes y ahora, ya estuviera tirándose a mi mismísima madre.

El Presidente buscó una silla y se dejó caer en ella. Luego se persignó:

—¡Vade retro, qué blasfemias dice usted!

Gutiérrez dejó escapar sendas lágrimas, metido de lleno en su personaje:

—Lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlas. Soy consciente de mi aberración. Estos últimos días he pensado mucho en ella. Está claro que, dejándome inválido, Dios ha querido darme una nueva oportunidad. Como a usted, por cierto, que pudo confesar su crimen ante la propia víctima.

—¡Hombre, tanto como crimen...!

—Lámelo pecado, si lo prefiere, o deslíz, mismamente. El caso es que el Señor quiso enviarnos el mismo mensaje. Yo también lo veo ahora con claridad.

El Presidente, consternado, agachó la cabeza. Apostilló en un hilo de voz:

—Así es, en efecto. Entonces arrepíentase, Gutiérrez, igual que hice yo. No me haga cargar con su condena.

—Quiero, pero no puedo, porque sigo enamorado de usted como un adolescente idiota. Necesito ayuda, Presidente. Necesito *su* ayuda — Gutiérrez subrayó el posesivo.

—¿Y qué puedo hacer yo, triste pecador?

—De alguna manera, Dios nos ha postrado en la misma cama.

—¡Eso ni se lo imagine!

—Quiero decir que los dos participamos de idéntica lesión. Mi invalidez es la de ambos. ¿Quién sino usted, personalmente, podrá hacer algo por mi alma, ya que no por mi cuerpo?

—¡Dios mío, tal vez tenga usted razón! —el Presidente se prestó a claudicar, abatido.

—En otro caso, me negaría a comer para irme de cabeza a las calderas de Pedro Botero. Es el único derecho que me queda.

—¡Eso nunca, Gutiérrez, por mi propia salvación!

Una semana después, en una alocución televisada al país, el Presidente anunció que abandonaba la política. Apeló a motivos personales muy profundos en los que no debía entrar. Se retiró a su mansión de las afueras de la capital, donde se dedicó en cuerpo y alma al cuidado personal de Casimiro Gutiérrez, su fidelísimo guardaespaldas. Lo aseaba, lo afeitaba, le daba de comer, le leía la prensa y los últimos bombazos editoriales. Juntos rezaban el rosario y veían la misa en el televisor. No lo dejó ni un segundo a solas, temeroso de que el menor accidente se lo arrebatara sin haberle sacado su perdón definitivo. Alivió sus dolores. Le hizo la vida más llevadera. Se ganó el Cielo, en efecto.

De vez en cuando, mientras contemplaban la caída del sol desde la galería de la casa, sabiendo ver en ella la magnificencia del Sumo Hacedor, el Presidente tomaba la mano de Casimiro Gutiérrez con cariño sincero:

—Dígame que mi compañía lo reconforta, Gutiérrez.

A lo que el escolta solía envidar:

—Claro que sí, Presidente. Y, sin embargo, ¡cuánto desearía poder guardarle las espaldas, como antaño, y que usted, a cambio, reparara en las mías!

—¡Es que lo suyo no tiene remedio! —suspiraba el Presidente con el corazón en la garganta, incapaz de olvidar que hubo un tiempo en que Dios y la felicidad acudían a su llamada sin más que firmar un decreto.



Formal suit photo created by pressfoto - www.freepik.com

BAILARINA

POR JOSÉ ÁNGEL ORDIZ LLANEZA



Ballet dancer photo created by master1305 - www.freepik.com

1

Delante de la vivienda de las buganvillas, al borde de la atalaya, solía bailar la hija de don Aurelio. En julio y agosto, cuando sus padres llegaban de la capital, donde ella estudiaba en un colegio de monjas, para veranear en este pueblo de pescadores de bajura. Un varganal protegía a la bailarina del peligro, del acantilado; y ella, rojos el tutú y la malla, como el color de las buganvillas incendiadas por el sol que trepaban por la fachada de la vivienda de dos plantas, danzaba y danzaba sobre una plataforma de madera circular que algún carpintero, según las órdenes tajantes del circunspecto don Aurelio, había dispuesto para ella, apenas apoyadas las puntas de las zapatillas blancas en la pulida tarima como si su cuerpo estuviera hecho de aire, cuánto cielo en los ojos, cuánto amanecer dorado en la melena al viento. *Aquí le traigo el pescado de mi padre, don Aurelio.* Asentía el enteco empresario de fino bigote, sentado en el poyo de la vivienda de la hermana, y enseguida se desentendía del muchacho y volvía a contemplar aquel baile etéreo. Su

hermana, Asunción, enemistada con el mundo tras ser burlada en la mocedad por un donjuán, sí vivía el año entero en la casa de las buganvillas. Era ella quien le pagaba al joven embelesado, al Celso que ya tenía que irse de allí, alejarse de la bailarina, bajar al pueblo sin nada en las manos, pero con mayor peso que al subir por la estrecha carretera más aromatizada por los eucaliptos en su ascenso soñador que en su realista descenso.

¿En qué piensas tanto?

Celso le contesta a su hermano gemelo, a Pascual: *En nada.*

2

Refulgía el mar en calma; allá, lejos, la costa. La pistola, entonces, en manos de Pascual, esa pistola con silenciador, *Cómo pesa*, que Rosalía les había entregado; en manos de Celso, entonces, *Ya lo creo que pesa*, los dos patos de plástico amarillo. Cómo espejeaba, sí, el mar a babor y a estribor de la pequeña embarcación de pesca a la deriva, apagado el motor, soleada la mañana estival, mínima la brisa norteña.

Sin padre ni madre ni otros hermanos, solteros, cincuentones recientes, menudos, morenos, rapado el pelo, cubiertas las cabezas con sendos gorros de lana negra, de varios días las barbas entrecanas, Celso vería mejor cuando lo libran de las cataratas y Pascual oiría bien cuando adquiriera los audífonos apropiados.

Ante ellos, el fin de semana pasado, la pericia de Rosalía, la mujer de Mel, en el manejo de armas de fuego: sacó la pistola automática de una bolsa de cuero marrón que tenía escondida en alguna parte de su piso en la capital y en un instante introdujo

el cargador en el hueco de la culata y acopló el silenciador y extendió el brazo y dirigió el ampliado cañón, firme el pulso, contra la pantalla del televisor apagado. También les entregó un revólver, *Por si acaso*, y munición en abundancia, *Tenéis que practicar.*

¿Tiro un pato?, preguntó Celso. Juntos los pies delante de un imbornal, apoyada la mano libre en la regala, la otra, la armada, la derecha, a la altura de la cadera, le respondió Pascual: *No sé, Celso, no sé.* Mudos los dos durante un rato. Tendrían que matar tres veces y carecían de la profesionalidad delictiva del primo Mel. Hasta la propia Rosalía, según les demostró, era más experta en delinquir que ellos. La voz recia, hace una semana, del Mel encarcelado: *Por eso os acompañará, tan disfrazada como vosotros.* Dudaron ante Mel como dudaban aún. Podrían ser ellos los que acabasen bajo tierra o bajo las aguas del mar, comidos por los peces descendientes de los que los habían alimentado y los alimentaban. Pero también era cierto que habían cumplido el medio siglo de vida y casi nada tenían, apenas la vieja embarcación y la casa vieja de sus padres, desde la que contemplaban a menudo la vivienda en venta de las buganvillas, tan hermosas como aquella bailarina del ayer en la memoria de Celso: qué inalcanzable, qué lejana pese a danzar tan cerca de él, dieciocho años tendría ella cuando don Aurelio dejó de veranear con su familia en este pueblo; mucho más tarde, hace meses, fallecida la solitaria hermana, venal desde entonces el predio, la propiedad que Celso y Pascual comprarían sin dudar con parte del mucho dinero del que les habló Mel. Entonces sí poseerían algo valioso, entonces serían ellos los que verían el pueblo desde arriba, desde lo más alto que podía verse.

3

Había aparcado el coche en la plaza de la iglesia y había preguntado a un chiquillo por los pescadores gemelos. Dudó el niño, señaló finalmente con el brazo. Celso le abrió la puerta de casa. No la reconoció al principio. ¿Quién es, Celso?, se interesó Pascual desde la pequeña sala donde estaba pendiente del televisor. Poco después, sentada en una butaca medio arruinada frente al destartado sofá que ocupaban los pescadores idénticos, floreado el corto vestido, teñida de rubio, las gafas de sol sobre la frente, exclamó Rosalía: *Dios, qué pobres vivís. Celso le contestó: Sacamos del mar más basura que pescado, esa es la verdad. El primo quería verlos, hablar con los dos. Pues que venga. No podía, de la cárcel no se salía así como así. ¿Está preso?, Un asunto de drogas, ¿Otra vez?, Otra.*

Fueron a verlo la semana siguiente. Recia, sí, la voz de Mel y recio él, tatuajes en los brazos y sendos aretes en las perillas de las orejas. Les habló de una traición. Les habló de su venganza. Y les habló de lo que ellos, solo en ellos y en Rosalía podía confiar, conseguirían con su plan, en el que era fundamental para evitar sospechas posteriores al robo lo que el narco Pacheco ignoraba que él sabía, lo que él había descubierto por casualidad, de reojo, en el chalé del traficante. *Lo malo es que tendréis que matar tres veces antes de pescar pasta gansa en el estanque con peces de Pacheco, ¿Matar?, Tres veces, ¿Pescar pasta en un estanque con peces?, Eso mismo, y no me digáis que no tiene gracia, pescadores, ¿Hablas en serio?, Para bromear no os necesito a vosotros, Pero nosotros..., Después lo pensáis, ahora vuela el tiempo de las visitas, Habla, habla si quieres, pero no cuentes con nosotros para matar a nadie.* Había sonreído el primo de los gemelos.

4

Comían en el restaurante del hotel, recién llegados a la ciudad, Celso con bigote postizo, Pascual con una

peluca de pelo lacio, cuando un hombre se acercó a la mesa esquinada que ocupaban y estimó con voz de mujer: *Qué pintas. No habían reconocido en ese hombre que cojeaba ligeramente a Rosalía. Ella sí estaba bien disfrazada, mínima la cojera, apenas delatora de su pie maltrecho desde que, años atrás, la había atropellado un coche. ¿Qué tal nosotros?, Menos parecidos ahora, Además, vamos a usar pasamontañas, ¿no es así? Así era. Estaban en la ciudad del diablo Pacheco y sus múltiples ojos, y toda precaución era poca. Por eso no había venido ella en su coche, sino en uno alquilado, en cuyo maletero estaban ya tres linternas y una escalera extensible de aluminio. ¿Practicasteis?, Disparará Pascual, yo no veo bien, De acuerdo, Cinco balas gastó antes de darle al primer pato flotante, y tres más antes de darle al segundo, No está mal, Yo disparé dos veces el revólver, no le di al pato pero casí, Simple precaución el revólver, ya lo sabéis, solo por si la pistola se atasca o algo así.*

Un fortín, eso era el chalé del narco Pacheco, situado en un altozano en las afueras de la ciudad, con cámaras de vigilancia en los exteriores y alarma en el interior de la vivienda, altos los muros de piedra que rodeaban la propiedad y sueltos los perros por las noches, perros *pitbull* adiestrados para matar. ¿Serían pirañas las que nadaban en el estanque? La sonrisa de Rosalía ante la preocupación de Pascual, tan serio como el hermano. *Si yo misma, de no tener el pie como lo tengo, me las hubiera arreglado sola, No sé, no sé, ¿seguro que no hay nadie?, Los sábados por la noche, los perros y los peces.* El marido de Rosalía había entrado un día en el fortín de Pacheco y había visto por la ventana, mientras orinaba en uno de los baños de la primera planta del chalé, que el narcotraficante caminaba hasta el decorativo estanque de los peces de colores, sobre el que a su vez orinaba sin cesar un efebo de mármol, y luego introducía la mano en el agua y sacaba un maletín repleto de euros; mucho más dinero, seguramente, en la caja fuerte del chalé pero aquella pasta allí, en el exterior,

escondida en el estanque él sabría por qué. Sacó del impermeable maletín varios fajos de billetes, lo cerró y lo depositó donde antes estaba. Veinte mil de aquellos euros le entregó después a Mel por los últimos servicios prestados.

Arrimaron los gemelos la escalera al muro de piedra, Rosalía de guardia en el vehículo alquilado, orillado en la carretera, junto a ella una de las tres linternas y las placas con la matrícula del coche, y por la escalera comenzó a subir el enmascarado y poco decidido Pascual. *Venga, venga, lo animó Celso. ¡Los perros!, le anunció Pascual al hermano cuando él ya estaba sentado en lo alto del muro, una pierna dentro del predio y fuera la otra. ¡A la cabeza, apunta a la cabeza! Siete disparos silenciados en la noche silenciosa, tres muertes. A punto estaba ya de volver sobre sus pasos para informar de su fracaso, de que no encontraba el maletín, lo habría cambiado de sitio el tal Pacheco o el primo Mel habría visto visiones, cuando Pascual lo halló.*

Ochocientos cincuenta mil euros contenía el maletín. Con un tercio en su poder se despidió de ellos Rosalía. Según lo convenido, no la verían más ni visitarían de nuevo al primo Mel.

5

Les ha tocado la lotería, eso han dicho en el pueblo, y han podido comprar la vivienda de las buganvillas. También han comprado una embarcación nueva, de recreo, en la que ahora pasean a turistas desde el puerto hasta el faro del cabo e incluso más allá. A Celso, sentado en el poyo donde se sentaba don Aurelio, ya le han limpiado los ojos y en las orejas de Pascual ya están acoplados unos audífonos del mismo color que su piel tostada, allá abajo el pueblo, más arriba de donde viven ahora solo el cielo y, a veces, las gaviotas. Pascual muerde una manzana, observa, pregunta: *¿Estás mirando lo que antes no veías? Al fin le responde el hermano: Estoy mirando lo que ahora no veo. Faltas aquí, ahí delante, siempre faltarás tú, bailarina.*

EL SUEÑO DE ALMA

POR JOSÉ MIGUEL PORQUET

Alma despertó sin apenas haber descansado.

Su primer impulso, como todos los días, fue abrazar su almohada e intentar dormir un poco más.

Aunque cerró los ojos con fuerza, sabía que no iba a lograr retomar aquel idílico sueño que cada noche la acompañaba.

Echaba de menos verse vencida por la somnolencia; lograr dormir más de cinco horas era su anhelo.

Retiró la sábana que cubría su cuerpo. Se incorporó despacio para no sentir dolor. Apoyó sus pies sobre la alfombra; levantó su cuerpo lentamente, temiendo perder el equilibrio y caer sobre el colchón.

Alma se cubrió con una bata blanca de satén. Se miró en el espejo, que ocupaba un lugar destacado en el dormitorio. La imagen era la de un ángel de pelo rubio, pero ella solo veía un cuerpo vencido.

Salió de la habitación calzada con unas zapatillas blancas decoradas con borlas del mismo color y una sonrisa. Fueron un regalo. Aunque le resultaban algo desenfadadas para su gusto, las llevaba para demostrar el afecto que le tenía a esa persona tan especial para ella.

Fue directa a la cocina, puso en marcha la cafetera... Se sirvió un café negro con un pellizco de azúcar.

Con la taza aún humeando, se asomó al balcón que daba a un pequeño parque.

Bebió un primer sorbo de aquel líquido negro como la noche; notó el calor intenso en sus finos labios y una ligera quemazón en la punta de la lengua. Tragó degustando aquel chute de cafeína. Con un soplo de aliento, trató

de nivelar la balanza. Tomó otro sorbo de café, largo, tan largo como le permitía la vida.

Las bondades del infusionado colombiano eran una bendición para Alma. Si todo fuera tan sencillo como tomar una taza de café, estaba segura de que sería una adicta sin remedio.

Mientras apuraba la taza, miraba con cierta envidia a los viandantes que disfrutaban del paseo matinal por el parque.

Regresó a la cocina, dejó la taza vacía en el fregadero y tachó un día más en su calendario.

Volvió a su dormitorio. Se quitó la bata, que dejó colgada de una percha decorada con pompones blancos a juego con las borlas de sus zapatillas.

Entró en el cuarto de baño anexo a su habitación. Fue desprendiéndose del resto de prendas para depositarlas en un cubo de mimbre.

Abrió el grifo de la ducha, tanteó la temperatura del agua con el dorso de la mano derecha...

Sonó el teléfono; estridente, inoportuno y pidiendo atención.

Alma cogió la toalla de mano y secó la diestra con ligereza. Salió del cuarto de baño y caminó hasta el salón. Cogió el teléfono:

—Dígame...

Inició la conversación con su interlocutor. En ese momento, Alma se dio cuenta de que ninguna prenda cubría su cuerpo. Sonrió pícara, la voz de su persona especial estaba al otro lado del auricular...

Colgó el teléfono. Regresó al baño donde la ducha seguía encendida. Se colocó bajo el agua.

Veinte minutos después, esperaba a que sonará el telefonillo. Así fue. Cogió su bolso y salió de casa.

Alma soñaba cada noche con aquellas escapadas. Era el único remedio que le hacía olvidar el constante dolor. Disfrutar del aire libre, los extensos paisajes, la naturaleza y, sobre todo, notar como él la tomaba de la mano...



ELISA

POR DIANA MARGARITA CASTILLO AGUIRRE

Escucha el timbre de la entrada y su cuerpo parece recibir una descarga eléctrica. Sus ojos pierden la paz; mira de un lado a otro como si buscara una respuesta.

Existen personas que de forma enfermiza juntan dinero, otras coleccionan demasiadas cosas, hasta basura. A las primeras la sociedad las llama avaros; a las otras, acumuladores compulsivos. Elisa junta miedos y se ha quedado sola, nadie la llama. Sus rutinas son simples: revisar la pensión que recibe cada mes y distribuirla en sus necesidades. Le costó aprender a usar el móvil y más esfuerzo hizo para canalizar sus gastos a través del aparato, que le avisa cuando su dinero está en la cuenta o la despensa está detrás de su puerta.

Las aplicaciones, que ahora son sus aliadas, le permiten pagar puntualmente los servicios. Todo conserva un orden; la casa, heredada por sus padres al hijo varón, aprisiona un orden.

Cuando murieron sus padres, ella tenía 22 años, el cabello negro, largo hasta la cintura, y la piel tersa de color canela. El día del accidente, la casa parecía un mercado; la gente entraba, reía, lloraba, dejaba alimento, comía, pasaba.

Elisa era empujada, abrazada y aconsejada, pero no sentía. Su único hermano, Joaquín, tres años menor, usaba unos jeans apretados y una camiseta que apenas si cubría su piel, que exudaba rebeldía y sueños que querían ser liberados. Él parecía encajar en la verbena: lloraba con los abrazos de consuelo y reía con los amigos que buscaban distraerlo, pero era notorio que se iría antes que el último visitante.

En los cincuenta años que pasaron desde el accidente, Elisa había visto a su hermano pocas veces: cuando la visitó para que conociera a Carla, su hija mayor; luego para presentarle a Rocío, la segunda sobrina, y algunas otras contadas ocasiones.

Joaquín procuraba telefonar a Elisa en su cumpleaños, el día de San José y en Navidad. Ella nunca marcaba, creía que hacerlo distraería a su hermano de sus ocupaciones.

Una tarde, su sobrina llamó para avisar que Joaquín tenía una semana de haber fallecido. No fue requerida en el funeral, no pudo despedirse de él.

Elisa se pierde en sus pensamientos, faltan tres días para que se cumpla un mes de la muerte de Joaquín. El timbre vuelve a sonar y no decide si romper la rutina y abrir la puerta un día fuera de calendario. Ella tarda tanto que la puerta es forzada y puede ver a Carla sonriendo.

—Tía hermosa, tengo una buena sorpresa. Mi padre nos dejó la casa. La hemos vendido y a ti te aceptaron en uno de los mejores asilos de la ciudad. Dime, ¿qué quieres que te ayude a empacar?



Home alone photo created by freepik - www.freepik.com

LUCES Y SOMBRAS

POR DORY LANSORENA

Dormía plácidamente cuando un insistente sonido rompió la quietud nocturna y, con ella, su sueño.

Aquel pitido incesante se le metía en el cerebro taladrando la calma de su personal universo. El bosque de sensaciones plácidas bostezaba estirando sentimientos contrapuestos. La luz que bañaba sus confusos anhelos se ocultaba tras los carmesíes deseos de un incipiente brillo alentador de melódicas sensaciones evolutivas. El pitido se hizo más fuerte, sus manos buscaron a tientas el osado invento del diablo que lo emitía y sus ojos negaban la orden de apertura que el cerebro enviaba en cada nota aguda.

Aquello invadía su pequeño y confortable rincón de ilusiones dibujando la desconfianza a un viaje diario en el túnel de inciertas salidas. Imaginó dar un golpe seco a la tecla que coronaba el despertador con la absoluta confianza de apagar aquel histriónico pitido; sin embargo, no cesó. Su cadencia se modificaba marcando un periodo cada vez más corto. La cabeza le iba a estallar, tenía que hacerlo callar. Decidió volver a sus intentos

por abrir los ojos; sin embargo, el esfuerzo resultó infructuoso. Continuó su intento y cuando parecía que aquellas ventanas al mundo comenzaban a obedecer, el pitido cesó.

Asombrada logró dejar que la luz invadiera sus sentidos.

—Es la hora. Hay que desconectarla —escuchó una pausada voz dando órdenes a su equipo de batas blancas.

Unas irreconocibles manos enguantadas tomaban nota de los parámetros de aquel monitor que registraba su ritmo cardíaco. Aquella aséptica habitación consiguió alertarla de un golpe.

«Pero... pero... ¿dónde estoy?, por favor, ¡díganme qué me ha sucedido!», quiso gritar, pero ningún sonido abandonaba su entorpecido cerebro.

«Por favor, dígame porqué estoy enganchada a tanta máquina», pero nadie parecía prestarle atención.

Empezó la desconexión y poco a poco el silencio se fue abriendo paso en el corredor de la espera.

«¿Por qué me miran con esa cara apenada?», pensó mientras por fin sus sentidos despertaban a un ambiente hospitalario donde un montón de ojos la miraban extrañados.

Los sonidos regresaron con tanta intensidad a su memoria que los pitidos y las luces del convoy volvieron a impactar con su maltrecho cerebro y la lluvia de la lucidez indeseada retornó a su mirada con la fuerza de un géiser.

Luces y sombras se formaron alrededor de lo que en principio pensó que sería una pesadilla. El reconocimiento de su somnolencia emocional dio paso al dolor, el tren de la vida la había arrojado contra el muro de la temida realidad. Las palizas, los insultos y vejaciones fueron las cuchillas que seccionaron su maltratada vida.

Las vendas en sus muñecas fueron el último vestigio de su inconsistente incredulidad.

Pitido, luces y sombras, todo era una cruel realidad.



Asian sleep photo created by kcomp - www.freepik.com

MARINEROS, MONSTRUOS Y SIRENAS

POR CARMEN ABADÍN

Se quedó absorta contemplando las vistas desde la cama de su habitación. La niebla empezaba a enterrar las líneas montañosas que se veían más allá del mar, aislándola por completo del paisaje. Pero no le importó, se conformaba con la presencia embavecida del océano.

Era uno de esos días estivales en los que el calor remite y el sol, pusilánime, se esconde detrás de nubes y más nubes, dejando una estampa plagada de tonos grises y oscuros azules. El aire soplaba con fuerza y hacía que las olas se agitasen con violencia. De la misma manera que las

embarcaciones se mecían, ella se dejó arrullar por sus propios pensamientos.

Se trasladó lejos, muy lejos, a una mañana cualquiera en la que su abuelo, radiante, le contaba viejas historias sobre marineros y monstruos.

Se acurrucó dentro del gran jersey de algodón y rememoró la admiración que le profesaba. El color del mar no tenía nada que envidiar a aquellos ojos ambarinos que habían recorrido el mundo en incontables ocasiones. Un abuelo tatuado, con la melena larga y desteñida por el salitre era como una especie de visión para una niña de ocho años.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido ni si su desbocada imaginación tenía algo que ver con lo que estaba contemplando en aquel preciso instante. Había mantenido la vista tanto tiempo centrada en un único punto que dudaba de sí misma. Pero estaban allí.

De golpe recordó algo más: «Marineros, monstruos y sirenas». Y era exactamente esto último lo que se zambullía y jugaba a escasos kilómetros de la costa.

De pronto, deseó que su abuelo no se hubiera ido para poder compartir una última historia.



Ulysses y las sirenas, 1909. Herbert James Draper

LA PIZZA DE PIÑA

POR ALICIA MARTÍ

Enrico era el jefe de cocina del gran palacio ducal Maggiori, situado en Santo Artù, una pequeña localidad de la Toscana. En el año 1520, el duque don Giovanni Maggiori le había encargado la creación de una nueva pizza para la celebración de la llegada de la primavera. Quería que esa velada quedara estampada en la retina de sus invitados.

Enrico siempre había elaborado creaciones gastronómicas sorprendentes, con las que conseguía que se hablara de sus platos en toda la comarca durante meses. Y, esta vez, no iba a ser menos. Sin embargo, llevaba una temporada de crisis artística, que lo conducía de la fatalidad al desastre. Estaba desesperado, porque su refinada mente creativa no conseguía dar con la perfecta combinación de ingredientes para impresionar al duque.

Sacó del horno lo que él creía un fracaso más de masa: tomate, verduras, queso y jamón. Miró la pizza con indiferencia. A su plato le faltaba fuerza, vida, alegría y entusiasmo. El amarillo del queso estaba apagado, el rojo del tomate y el verde de las verduras habían oscurecido, incluso el ligero tostado de la masa lo empobrecía. Oía bien, afortunadamente. Solo hubiera faltado que oliera mal. ¡La había cocinado él! Utilizaba ingredientes de primera calidad, pero básicos, sencillos. ¡Mamma mía! ¡Sus platos fracasaban por culpa del Altísimo, que no escuchaba sus plegarias pidiendo agua celestial para regar sus verduras! ¡El infernal sol, siempre reinando en el cielo, se las secaba!

Desde la ventana de la cocina, escuchaba las alegres voces de los comensales que llegaban en sus

carruajes al exterior del palacio. ¡Crean que comerán algo diferente y les espera la trivialidad en forma de pizza! Sería su ruina, su fin. ¡Ay, ay! Los tenía demasiado bien acostumbrados.

Días atrás, un excéntrico amigo del duque, que acababa de llegar en galera, tras un largo viaje por el nuevo mundo, le había traído una nueva y extraña fruta a la que llamaba «piña» para que la cocinara y la incluyera en la comida de hoy. ¡Como si fuera tan fácil! Las caprichosas y delicadas musas de la inspiración no surgen a su conveniencia. Son ellas las que, a su libre albedrío, eligen a sus privilegiados artistas para elevar su creatividad como la espuma de la cerveza. Hay que saberlas cuidar y apreciar. Los amos solo saben mandar y ordenar.

Esa extravagante fruta tenía las hojas puntiagudas, punzantes y un



Italian pizza photo created by chandlervid85 - www.freepik.com

áspero e imperfecto cuerpo mal redondeado que pinchaba al tocarlo. Además de un impreciso color, que no era ni verde ni marrón, lo que impedía saber si estaba madura o no. Situada sobre el mármol, presidía su magna cocina. Intuía que aquella desdichada lo llevaría al fracaso. Sus afiladas y majestuosas hojas le recordaban a las puntas de la corona que el duque lucía en actos oficiales. De buena gana lo coronaría con ella y sabría lo que cuesta crear un plato. Esa maldita fruta exótica llegada de la otra punta del mundo, competía con él y le iba a quitar el puesto. Se la quedó mirando. Era un fruto engendrado por el diablo ¿Quién sino él podría crear algo tan repulsivo? ¡La odiaba, no la soportaba! Nunca antes había visto nada semejante. En su cocina solo había sitio para un signore, y este era él. Comenzó a sentir una extraña sensación hacia la intrusa y una rabia posterior, que surgía de su interior y se apoderaba de su voluntad. «¡Está embrujada, me ha poseído!», pensó. No resistió la tentación. Tomó un afilado cuchillo que usaba para cortar el cuello a las aves, agarró la piña por la corona y la partió en dos. Creyó que

se sentiría mejor, pero no fue así y lo volvió a repetir hasta que quedó partida en múltiples pedacitos, que del impulso y los golpes que dio al cortar, salieron disparados violentamente sobre la humeante pizza que acababa de sacar del horno. ¡Qué horror, la piña le había destrozado la pizza!

La sangre dorada que chorreó de la fruta mientras la ejecutaba le salpicó la cara y el pecho. Al ir a limpiarse, se apercibió de que olía bien. La probó. Era dulce. Se sorprendió. En aquel instante, los rayos del sol que entraban por la ventana rozaron los pedacitos de esa extraña fruta, iluminándolos y haciéndolos brillar a la vez que desprendían pequeños destellos de sus fibrosas partes, como si hubieran caído sobre ella cientos de estrellitas procedentes del sol, que la convirtieron en una bola de luz.

Llamó a los demás sirvientes para que le ayudaran a llevarla al gran salón comedor, ya que aquella luminosidad lo cegaba. ¡Era fabuloso, lo había conseguido! Había creado, la más increíble de las pizzas, una que brillaba por sí sola. Al verla, los sirvientes salieron corriendo asustados,

porque decían que estaba embrujada por el sol. Eran unos cobardes. Todos excepto uno, el más joven y valiente, que se quedó para ayudarlo a llevarla ante los hambrientos comensales.

Ambos se presentaron ante el duque y sus invitados con la gran pizza y la depositaron sobre una mesa en el centro de la sala. Varios rayos de sol entraron por las ventanas hacia los trocitos de piña, convirtiendo la pizza en una brillante bola de luz. Los comensales se quedaron callados, asombrados, atónitos y sus pálidos rostros fueron paulatinamente reflejando pánico ante aquella luminosa creación. Se levantaron y huyeron veloces, estremecidos y temerosos hacia la puerta de salida de la sala, y después la del palacio, casi atropellándose los unos a los otros. Todos excepto el duque, que se quedó exhausto frente aquel maravilloso espectáculo creado por su gran cocinero.

Enrico se sintió tocado por un haz divino, sabía que él era el mejor. Había conseguido satisfacer una vez más el deseo de su amo: que los invitados no olvidaran aquella comida durante mucho tiempo.



Pineapple slice photo created by 8photo - www.freepik.com



ARTÍCULOS

MI VIAJE A URUEÑA

Por Dani A. Díaz

Urueña: la villa del libro

Eran legión los amigos que me recomendaban visitar esta población vallisoletana, y el venturoso día ha llegado. Debo decir que Urueña... ¡me ha hechizado!



Es más, a corto plazo prometo regresar para disfrutar unas jornadas en este oasis de paz, sosiego, libros y cultura. Su etiqueta de contar con más librerías que bares, algo insólito en nuestra geografía, atrae con la fuerza de un poderoso imán. Para quien no viaje en coche, tiene la solución perfecta con un servicio de microbús que parte de Valladolid los sábados por la mañana y regresa a la capital al atardecer.

La primera imagen que queda grabada en alma y retina es su estratégica situación en un altozano, rodeada de una robusta muralla. Nada más bajarnos del vehículo ya nos invade una sensación de tranquilidad, reposo y buenas



vibraciones. El silencio solo es turbado por algún lejano ladrillo en las tierras de labranza, el trino de los pajarillos y el viento rumoroso sobre los campos de Castilla.

Atravesamos la Puerta del Azogue y comenzamos un agradable deambular por las callejuelas; la bella iglesia detiene nuestros pasos para admirarla, y continuamos ruta para dirigirnos al Museo Delibes.

Se trata de un centro dedicado a la memoria del insigne escritor y que alberga, entre otras, dos muestras muy originales. De un lado, aperos y utensilios cuyos vocablos ya están en desuso acompañados de un panel informativo que contiene el párrafo exacto de la novela donde se menciona. De otro, fotografías de gentes del lugar que homenajean personajes inolvidables de la obra del autor castellano.

La siguiente parada es el Museo del Cuento, un lugar mágico en el que viajamos a nuestra infancia a través de representaciones con mimo y detalle de los más famosos relatos del género: *El Principito*, *La Cenicienta*, *El gato con botas*, *Alicia en el país de las maravillas*... ¡una auténtica delicia!





Hacemos una parada técnica en la oficina de turismo, y su amable responsable nos entrega un plano de la villa que señala los diversos espacios de interés.

El siguiente jalón obligado es la Fundación Joaquín Díaz, un maravilloso centro etnográfico que alberga importantes colecciones de instrumentos musicales (destacan los pianos que adornan los rincones por doquier), grabados de época, fotografías, campanas...

Aún boquiabiertos por el tesoro descubierto, nos aguarda otra increíble sorpresa: el Museo de la Música. Luis Delgado, su propietario y guía, nos regala una lección magistral sobre los instrumentos más originales que se utilizan en todo el orbe. Las hermosas piezas se ofrecen al visitante en dos pisos y se hace hartó complicado señalar la perla más valiosa.

Las diferentes visitas han abierto el apetito: es el momento de reponer fuerzas en el céntrico y coqueto mesón: alubias pintas, bacalao al ajo arriero y tarta de queso casera. ¡Os aseguro que quedé como el chico del esquilador!

Para una saludable digestión de tan sabrosa pitanza, nada mejor que un paseo por el adarve de la muralla. La caminata permite contemplar el ancho horizonte y emprender la ruta de los chozos para descubrir una curiosa



arquitectura tradicional. La laguna con sus bancos de peces rojos constituye otro paseo imprescindible.

Cruzando la Puerta de la Villa se nos ofrece un paisaje cautivador: la tierra de llanos, arbustos mecidos por la brisa y nubes algodonosas en el cielo azul... ¡ni ruidos, ni tráfico, ni luces de neón, ni prisas! ¡Enamoras, Urueña!

Por supuesto, no podemos abandonar este lugar mágico sin visitar sus librerías:

- El Grifilm está especializada en el mundo del cine; entre sus cuidadas estanterías asoman elementos propios del séptimo arte.
- La boutique del cuento, regentada por los artífices del museo ya comentado, parece sacada del país de las hadas merced a sus lienzos y dibujos.

Nos aprovisionamos convenientemente de jugosas capturas y damos un último paseo para conservar en el corazón unas imágenes que ya nos acompañarán el resto de nuestras vidas.

Una jornada gozosa, magnífica, inolvidable.

Quiero rendir homenaje y agradecimiento a todas las gentes de Urueña por su calidez y obsequiosidad con el peregrino.

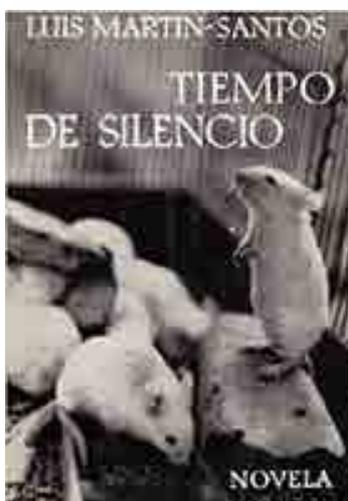
¡Volveremos a vernos, seguro!



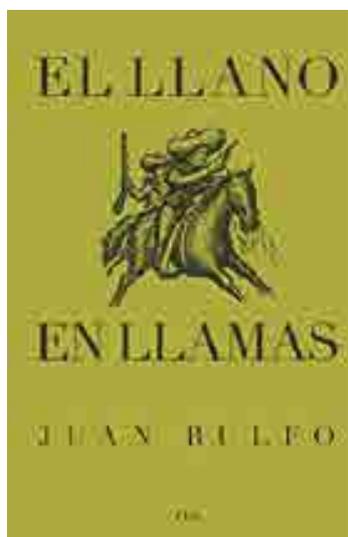
ELOGIO DE LA DESTRUCCIÓN

Por JL. Díaz

Carlos Barral dijo sobre él que fue el mejor escritor de su generación. En 1963, se publicaba la novela *Tiempo de Silencio* y, en ella, Luis Martín Santos culminaba una inesperada revolución literaria. Rompiendo las estructuras costumbristas de la posguerra, Martín Santos penetraba esa grisura social de silencio y rito para explicar la razón del ser humano, su fatalidad y causalismo, su impostura frente al régimen de clases y su fatal aquiescencia. Psiquiatra de profesión y aspirante a la palabra, nadie como él supo destrenzar en una sola obra una psique colectiva preñada de claroscuros y bajos fondos.



Quando a Ernesto Sábato le preguntaban por la escasez de su obra narrativa, él respondía que tres novelas eran muchas, quizá demasiadas para un escritor que pretendía traducir la esencia absoluta del Mato Grosso. A Juan Rulfo le bastó con una novela, *Pedro Páramo*, y un libro de relatos, *El llano en llamas*, para cerrar edificio



literario absoluto. La muerte hizo que *Tiempo de destrucción*, segunda novela de Luis Martín Santos, llegara al lector como una obra inacabada.

Si bien Carlos Barral se refirió a ella como una reiteración fallida de *Tiempo de silencio*, lo cierto es que estamos ante una novela fragmentada,



inconclusa y visceral, que pretendió resolver con violencia y discrecionalidad los enigmas de la primera obra. En ella, Agustín, un juez adulterado por la rabia y la filosofía, quiere poner fin a un crimen irresoluble. Este, para Martín Santos, es secundario. Importan el juez y los actores. Importa el escenario: una ciudad industrial repleta de humo, toxicidad y crudas flagelaciones. Importa ese contexto brutal en el que el miedo abre paso a la interrogación.

Tiempo de destrucción debía haber sido una obra gigantesca. Hoy, gracias al esfuerzo de quienes han sabido ordenar lo que solo su autor conocía, conocemos cuán incluso es el laberinto del hombre y cuán áridos los paisajes en los que muere su consciencia.

EL TEATRO COMO HERRAMIENTA EDUCATIVA

Por Piedad Baca Romero

¡Por fin!

El telón se descorre para los escolares de Cabra (Córdoba).

Le puso barreras a la voz y perdió fuerzas. Pero los ojos tomaron el protagonismo y en la distancia nos acercaron.

Fueron de nuevo los maestros y maestras los que templaron las montañas del miedo, el dolor y la desesperanza, para que en los colegios de Cabra el encanto del teatro otra vez fluyera.

Y está vivo. Lo escucharon hablar y renació con nuevas formas y creaciones impensables. Aunque el teatro es un arte que ocurre en el momento, y solo una vez, las nuevas tecnologías lo abrazaron en estas circunstancias pandémicas. Será distinto, pero al representarlo vivirán su magia.



En 2011 iniciamos en Cabra el 1º Festival de Teatro Escolar para que todos los escolares, de forma directa como actores o espectadores, vivieran el teatro. Lo organiza la Asociación Maestro Pascual Baca y el Ayuntamiento. Participan todos los centros escolares de Cabra.

También ofertamos al profesorado cursos de formación para descubrir



nuevas formas de impartir conocimientos a través del juego dramático. Todas estas actividades dieron paso a una interrelación de centros, locales y foráneos.

Creemos en esta herramienta porque la hemos experimentado y está respaldada por testimonios de expertos como el de Tomás Motos: «El teatro es el lenguaje total».

Podríamos continuar con más citas, fragmentos de tesis doctorales, experiencias y libros completos sobre los beneficios que el teatro y el juego dramático aportan a la educación. Solo vamos a resumir algunas de nuestra experiencia con niños, niñas, jóvenes y personas discapacitadas, para las que el teatro y el juego dramático fueron herramientas educativas que hemos utilizado y nos siguen acompañando. Unas veces, para crear espectáculos. En otras ocasiones más íntimas y sin trascendencia popular, el teatro y el juego dramático fueron de gran ayuda para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales de las personas con las que convivimos.

También estas vivencias facilitaron nuestro trabajo en el ámbito educativo;

nos sentimos encantadas y recibimos más de lo que dimos. Se modificaron conductas, se vivieron emociones y las transmitieron.

Maestros y maestras, os animamos a participar. Surgirán problemas, pero habrá merecido la pena.

«Se sorprendieron, aprendieron jugando y fueron felices».



La pandemia cerró el telón durante tres cursos, y ha sido este 2021-22 cuando hemos retomado con el 9º Festival de Teatro Escolar.

Al continuar en vigencia las condiciones sanitarias, para el desarrollo de esta actividad propusimos nuevas formas de expresión dramática y nos fuimos adaptando a las circunstancias



de la pandemia para su desarrollo y celebración.

Os dejamos una síntesis de nuestra última experiencia teatral.

Este especial 9º Festival de Teatro Escolar se ha dividido en tres partes: teatro en el aula, intercambio de las actividades realizadas en los centros y asistencia al teatro.

Y ocurrió así:

La primera parte fue el teatro en el aula. Con esta propuesta no quisimos aparcas las actividades lectivas, sino incluir en ellas el teatro como un nuevo medio de búsqueda, descubrimiento y creación, donde se analizaron, comprendieron, adaptaron y dramatizaron los temas de clase seleccionados.

Aunque el alumnado era libre para imaginar sus propuestas, como ejemplos, dimos algunos formatos para realizar las puestas en escena como: presentaciones, monólogos, cortos, improvisaciones, teatro mínimo, títeres, poesía, series, documentales, etc.

Queríamos romper la barrera entre el juego y el aprendizaje, dinamizando prácticas para la comprensión, interiorización y expresión. Así como vivir las emociones y realizar nuevas



formas de comunicación con el colectivo de cada aula.

Los escolares pusieron en marcha la creatividad, que todos los seres tenemos, al transformar lo ordinario en extraordinario.

Llevaron a escena el mundo de los mamíferos, la lejana prehistoria, propuestas para curar a la Tierra que está enferma, una especial visión de la Semana Santa, debates sobre personajes de la Edad Media, convivieron con héroes y dioses creados por Homero, vivenciaron las normas básicas de conducta, la antigua radio, versionaron *Romeo y Julieta*, *El rey león*, etc.

Estas dramatizaciones se grabaron y montaron por parte del alumnado y el profesorado. Los centros que lo necesitaron contaron con las cámaras de la televisión local.

La segunda parte del 9º Festival de Teatro Escolar se puso en marcha una vez finalizados estos trabajos realizados en las clases.

Las grabaciones se emitieron en la televisión local y se intercambiaron sus visionados en los distintos centros escolares, con la participación de profesorado y protagonistas como presentadores de sus obras, quienes explicaron cómo habían desarrollado las creaciones.

Para terminar este 9º Festival de Teatro Escolar del 21 de marzo al 1 de abril, todos los niños, niñas y jóvenes, desde las guarderías hasta los institutos, asistieron al teatro. Allí disfrutaron actuaciones de grupos profesionales con los que sus cuerpos y mentes volaron.



EL SABER DE LAS COSAS

Por Verónica García-Peña

El saber que esconden las cosas es importante. Tanto el que guardan a la espera de que alguien lo descubra como ese otro que, a veces, quizá demasiadas, se llevan consigo dondequiera que las cosas mueran. Qué triste debe ser ese lugar. Triste y oscuro. Vacío realmente. Sí, creo que vacío es la palabra adecuada. Un vacío que es como la nada de Michael Ende. Así, al menos, lo imagino yo porque no siempre, a pesar de lo que *a priori* uno podría creer, el destino final de las cosas es un contenedor o el vertedero. Hay algunas que mueren sin ser arrojadas a ninguna parte, pues no todas son algo tangible. Algo material, concreto y definido. Hay cosas que son incorpóreas —qué palabra más hermosa. Prueben a decirla en voz alta. Incorpórea— como lo son las sensaciones. Impalpables. Y las sensaciones no mueren en la basura junto a los desechos. Mueren de otro modo y, desde luego, lo hacen en un terreno bien distinto. Quizá, a veces, en la cabeza; y otras, en el corazón. Posiblemente mueran en una esfera difícil de explicar, más teórica y abstracta. Lejos de un yo palmario.

El saber de las cosas es importante. Lo es porque nos cuenta historias, propias y ajenas, de todo lo que sucede a nuestro alrededor. También de lo que un día ya pasó, sea ese día vecino o, por el contrario, lejano. Nos enseña costumbres, usos, normas, principios, sistemas, conductas, mandamientos, etc. En último lugar, nos enseña vidas. Veamos cómo.

Una silla. No es lo mismo una perteneciente a unos grandes almacenes nórdicos, que una fabricada en China o una a la que hemos puesto el nombre de Luis XVI —porque no hay que olvidar que somos nosotros los que ponemos los nombres a las cosas y



así las dotamos de esencia—. Cada una de esas sillas, a su manera, guarda una historia distinta; y cada una, también a su manera, conoce e ilustra algo diferente de la sociedad a la que pertenece. Saben y nos lo cuentan, si sabemos escucharlas. Saben y lo callan, si solo pensamos que son un simple objeto más.

Las cosas incorpóreas nos dan más problemas a la hora de escucharlas, ¿verdad? Son más esquivas o, al menos, nos lo parecen; si bien, en la mayoría de las ocasiones, lo que ocurre es que con ellas aplicamos el tan manido refrán que dice: «no hay mayor ciego que el que no quiere ver». Quién sabe si por eso, porque no queremos ver, hay cosas inmateriales a las que no prestamos atención y, por lo tanto, no entendemos. No escuchamos la soledad. Esa que aprieta tanto y tan fuerte que no deja espacio para nadie más en la vida que ocupa. Tendemos a no escuchar la tristeza ni la desesperanza porque nos dan cierta alergia y, al hacerlo, no somos conscientes de que, en rigor, lo

que hacemos es negar su realidad. El ciego voluntario que no escucha ni su propia existencia vital.

Por otro lado, las cosas no solo hablan. También escuchan. Son guardadoras de secretos o, mejor, custodias de secretos, que es una palabra más bella. Los custodian junto a los deseos, anhelos, sueños, amores y odios que cada uno de nosotros alberga. ¿Cómo es eso posible?

Un bolígrafo, un simple bolígrafo, puede ser el arma más poderosa del mundo o la más inocente. Puede provocar guerras o felicitar un cumpleaños. Una almohada puede ser la depositaria de cientos de sueños, y no me refiero a los que tenemos mientras dormimos, sino a esos otros que nos hacen caminar hacia el futuro; porque son los sueños que tenemos



despiertos los que nos empujan incluso a alcanzar las estrellas. Siempre es un sueño, el sueño de alguien, lo que nos hace avanzar como individuos y como sociedad. Y esas mismas almohadas también son custodias de tiempos perdidos, sonrisas y lágrimas.

El saber de las cosas es importante, ya lo ven. Por eso, escuchen con atención y abran bien los ojos para no

perderse ninguno de los saberes que tenemos a nuestro alrededor. En la flor más pequeña y en el árbol más grande; en el deseo más nimio y en la aspiración más desmedida; en las lágrimas de un niño que cae y en la sonrisa de otro que le ayuda; en la tinta de la novela de un joven literato sin experiencia y en la que ocupa las páginas de un Premio Nobel. En todo ello hay un saber, porque las cosas no son solo cosas.





POEMAS

A FEDERICO

(CARMEN SALVÁ DEL CORRAL)



FUENTE VAQUEROS,
"LA FUENTE",
FUENTE DE VIDA Y MUERTE,
DE VIDA QUE TE VIO NACER,
DE MUERTE QUE TE VIO MORIR.

QUIÉN TE IBA A DECIR
QUE AQUELLA CASA,
LA DE BERNARDA ALBA
TE DARÍA LA MUERTE.

QUIEN TE IBA A DECIR
QUE VOLVIENDO A "LA FUENTE",
ESPERANDO A TU RUBIO DE ALBACETE
ENCONTRARÍAS LA MUERTE.

DEMONIOS SIN ALMA
REFUGIADOS EN SUS VERDADES
FUERON TUS VERDUGOS.

GENTES CON LAS QUE, QUIZÁS,
COMPARTISTE MÁS DE UN VINO
EN EL CASINILLO DE VALDERRUBIO.

Y, SIN MIRAMIENTOS, FRENTE
A LA VEGA GRANAÍNA,
VISTE VENIR A LA PARCA.

QUIZÁS TE DEJARON EN EL CAMINO
ENTRE VALDERRUBIO Y TU "FUENTE".
QUIZÁS TE DEJARON DEBAJO
DE UN OLIVO.
QUIZÁS TE DEJARON SOÑANDO
CON "TU RUBIO".



ALAS BLANCAS

(CARMEN SALVÁ DEL CORRAL)

Alas blancas
llegan hasta mi ventana,
portando en su pico
ramas de laurel.

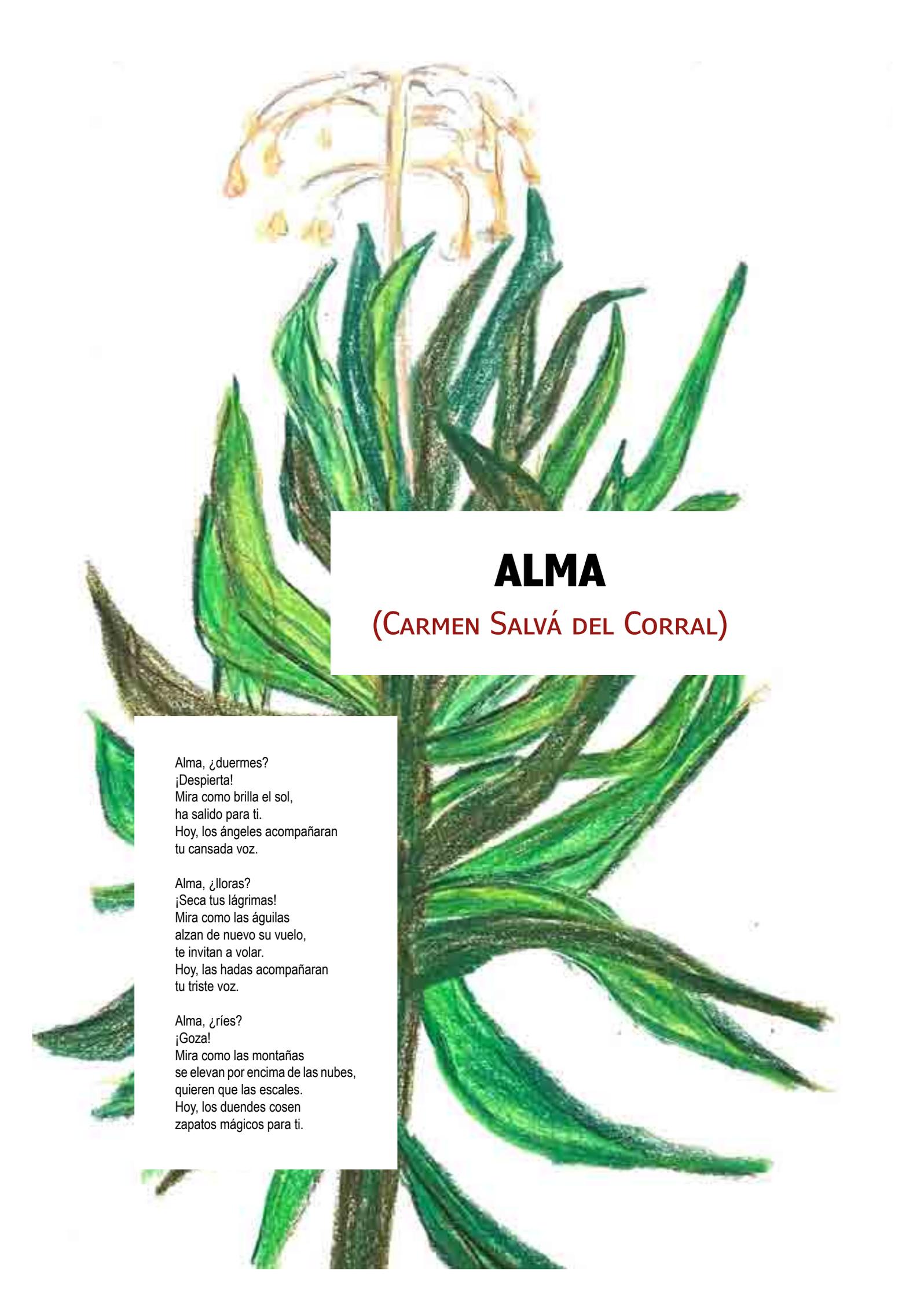
Laurel verde,
verde cómo la esperanza
que abriga mi corazón.

Manos blancas se alzan
cubriendo un cielo oscuro,
pintándolo con su luz.

Luz que llenan los corazones
de los que abrigan
la esperanza de la paz.

Paz hermosa palabra,
que llenan las almas rotas
por el sufrimiento infringido
de intereses perniciosos
de gentes malditas.





ALMA

(CARMEN SALVÁ DEL CORRAL)

Alma, ¿duermes?
¡Despierta!
Mira como brilla el sol,
ha salido para ti.
Hoy, los ángeles acompañaran
tu cansada voz.

Alma, ¿lloras?
¡Seca tus lágrimas!
Mira como las águilas
alzan de nuevo su vuelo,
te invitan a volar.
Hoy, las hadas acompañaran
tu triste voz.

Alma, ¿ríes?
¡Goza!
Mira como las montañas
se elevan por encima de las nubes,
quieren que las escales.
Hoy, los duendes cosen
zapatos mágicos para ti.



TÚ

(JOSÉ ANTONIO RUIZ)

Esto que te digo es cierto,
tienes mirada alegre
con una sonrisa que atrae y se me hace imposible olvidarla.

Que te quiero en concierto,
ese que se hace atronador,
que al juntar nuestros cuerpos
salta la chispa y todo se vuelve calor.

Que te veo un rato,
que luego me entra ansiedad,
porque lo que pide mi alma
es que no te separes de mi realidad.

Ese color que tienes
cuando estás junto a mí,
hace que te sienta venir
como canto de sirena.

Te pienso todo el día,
no puedo dejar de hacerlo,
eres la llama que se enciende en mi centro,
me obliga, revoluciona mi sueño.

Al mirarte a los ojos
siento tu sencillez,
cálida escena que me llena por dentro
atrayéndome hacia tu ser.

INVÍTALE A QUE SE VAYA

(DORY LANSORENA)

Mujer, invítale a que se vaya
que las diarias peleas
duelen intensamente en el alma
que no hay felicidad en la casa,
que ya no te quiere, que no te ama
que cada noche te duermes
con un frío que cala, y
un fuerte dolor que amarga.

Mujer, que ya no eres feliz
que tus ojos brillaban cuando yo te miraba,
y hoy tu voz está ronca, tus palabras gastadas,
y en tu atormentada mirada
solo queda el terror
de un idéntico mañana.

Mujer, invítale a que se vaya
que cuando ya no hay amor
las lágrimas son largas, y aunque no lo entienda
la casa está llena de tétricas disputas
y olor a añeja escarcha.

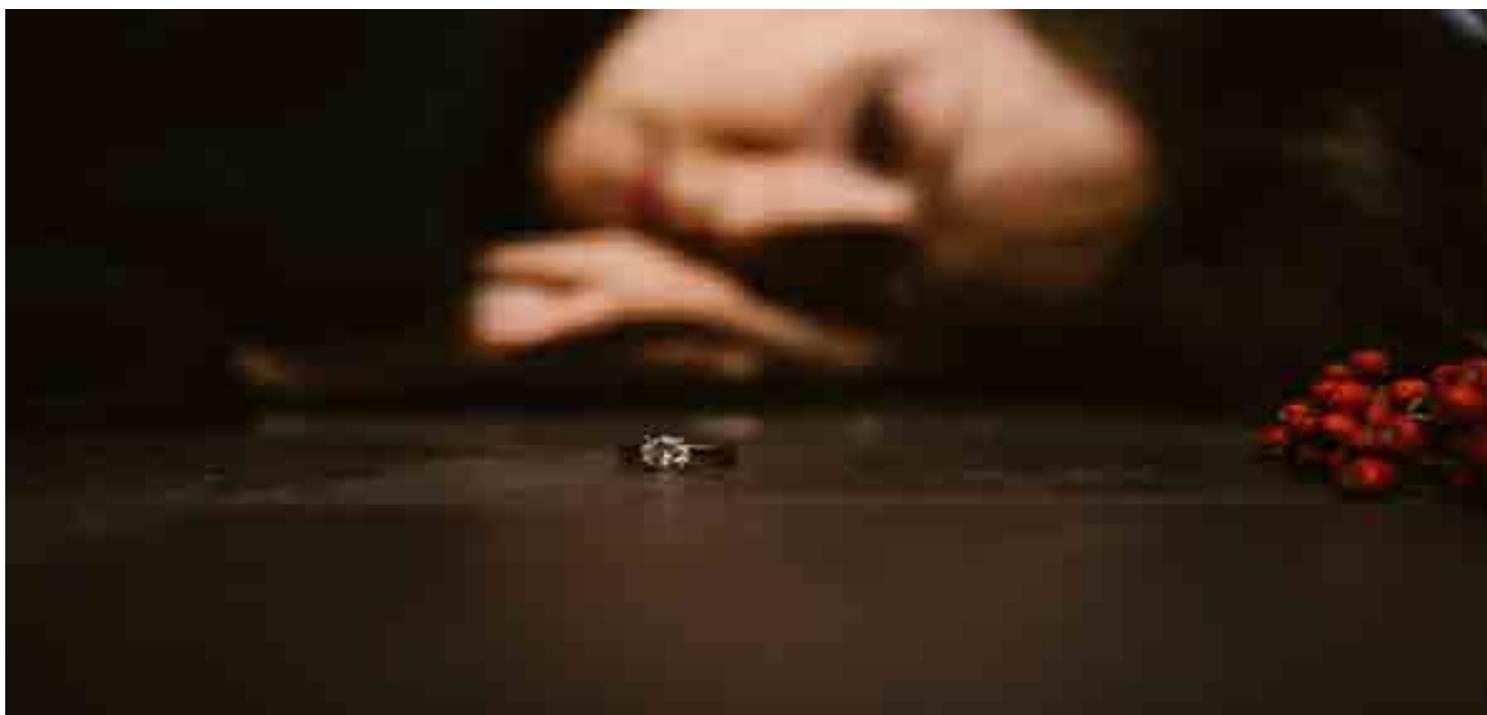
Invítale a que se vaya y vuelve a vivir
con la alegría en tu mirada.

Y YO DECIDÍ MORIR

(DORY LANSORENA)

Y yo decidí morir,
que un día me dijo enfadado que tenía que decidir
entre su amor o la vida y yo me quise morir.
Que no podía compartir mi amor, no lo podía compartir
que era suya o de nadie
y con el puño alzado un golpe al aire le dio,
dijo que era mi dueño y de un portazo se alejó
gritando que debía decidir, si él o el adiós
y yo me quise morir, me quise morir
mi mirada se oscureció
el grito murió en mi garganta y en los ojos se instaló.
Y yo decidí morir,
que un día me dijo enfadado que tenía que decidir
entre su amor o la vida y yo me quise morir.
Y qué le importa mi grito en la mirada
si me quiere sumisa y sin decir palabra
que sin levanto mis ojos el puño se alza
con decir que me quiere justifica todas sus fallas
y yo me quiero morir con el grito en la mirada
porque no encuentran ayuda las voces de mi garganta
y yo me quiero morir con el grito en mi mirada.
Y yo me quise morir,
que un día me dijo enfadado que tenía que decidir
entre su amor o la vida; y yo

decidí morir.



EDUARDO LUIS DÍAZ EXPÓSITO «ZUHAITZ»

DIFERENTES PUNTOS DE VISTA

Vierte una pizca de ilusión en este aciago
y triste vaso, lleno de ausencias y penas,
para que caduquen todos los malos augurios.

Seguro que alguien los depositó, sin duda,
en el fondo inescrutable de las almas,
extraviadas en un mundo de selváticas
y oscuras intenciones.

Los galápagos pueden ser cobardes
o simplemente precavidos,
el tamaño de su valor dependerá
del grosor de su caparazón y de la estúpida
confianza que demuestren, hacia todo aquello
que pueda alterar una tranquilidad de siglos,
tal vez adquirida por fuerza de costumbre
o por derecho de herencia, extensivo
a todo ser vivo poblador de este planeta.

EL TRIUNFO DE LA MENTIRA

Sabemos muchas verdades
y si al mentir, ocultamos
las mentiras que aceptamos,
como nuevas realidades...

Vivimos en la ficción
de un mundo que no es real,
permitiendo que este mal
gobierne nuestra intención.

La mentira disfrazada
nos logrará convencer,
su idea está por arder
en tu mente enajenada.

El humo que ésta genera
por una infausta ambición,
nubla nuestro corazón
y el alma se degenera.

Su reino está en el poder
y basado en la mentira,
nuestro temor, crece y gira,
sin saber en qué creer..

EN ESE JUSTO MOMENTO

Si piensas y sabes qué piensas,
decides en tu destino,
lo que ha de marcar tu sino.

Nacido de tu consciencia,
que no es por arte, ni ciencia.
Es cuestión de tu paciencia,
que pueda al final hallar
esa gran correspondencia
de saber cuándo callar
o cuándo hay que declarar
tu verdad, sin imprudencia.

SI LA CAUSA ES JUSTA

Si una causa está perdida,
será por falta de empeño;
al renunciar a ese sueño,
que es esperanza de vida.

Si la causa predomina
en la idea primordial,
no ha de ser un triste erial
y es nuestro afán, quien domina.

Si sientes la fijación,
porque su justicia es plena,
su fuerza siempre nos llena
de luz, nuestro corazón.

Sea poca o sea mucha,
una causa es defendible;
perfecta, si es asumible
en una auténtica lucha.

VARAR NUESTRA NAVE EN BUEN PUERTO

Llegar siempre a buen puerto,
es sin duda, la intención
que anida en un corazón,
que es solitario y despierto.

No se ve en ningún entuerto,
visos de una solución,
si al hallar esa ocasión,
nuestro momento es incierto.

Todo lo que remediamos,
navega en la incertidumbre
y tenemos por costumbre,
remar cuando navegamos.

Llegar a puerto y vararse,
establecerse en la vida,
es labor comprometida
y costará acostumbrarse.

Pero, si el rumbo has perdido
y no conoces tu meta,
atraca con tu goleta
y haz en el puerto tu nido.

EDUARDO LUIS DÍAZ EXPÓSITO «ZUHAITZ»

MARÍA ANTONIA RICAS

(MARÍA GRACIA PERALTA)

*"Es la poesía enalteciendo
la agónica costumbre de lo cotidiano",*
Manuel Quiroga Clérigo.

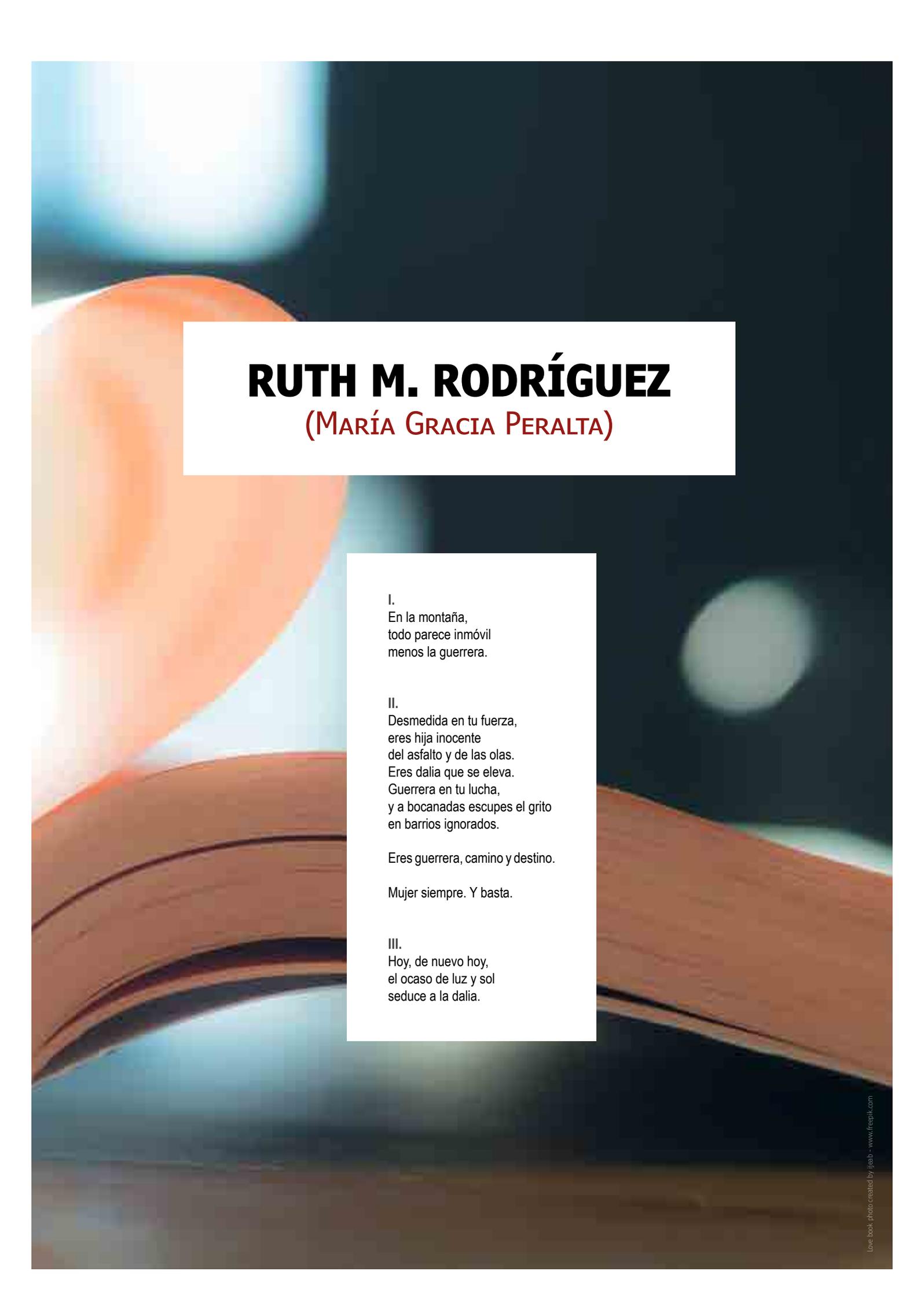
I.
Mientras el peso de lo cotidiano nos inquiete,
mientras incapacitados por un cambio de rumbo
avancemos por paraísos difusos,
sin hallar, siquiera, algo de fresco en el hastío.
Mientras acuciados y convulsos, y aún doliendo la mañana,
ese sol que se clava sin piedad
no admita tregua y suelte lastre,
y este mundo presente no ponga en cada parte
un poco de amor y poesía...
Hablabamos de un futuro impreciso, sin esperanza,
aceptando recuerdos de lunes desolados
y buscando siempre la luz de la palabra.

MARÍA LUISA MORA

(MARÍA GRACIA PERALTA)

"Escribir fue mi manera de llorar",
Cristian Wamken.

Ella estaba enferma de sueños.
Bajo un cielo amargo
perdió su sonrisa
y sigue buscando
el camino de vuelta a su jardín.
Ella sueña,
rendida por el cansancio,
que vuelve a su tierra, planta sus ojos y le crecen más jóvenes.
La savia alivia sus cicatrices
y resucita sus cabellos inertes.
Luego despierta en el fango de su propia primavera
y blasfema y maldice las amapolas.
Escondida en la noche
llora por la inocencia robada.
No somos lo que soñamos,
como tampoco lo son nuestros amaneceres.



RUTH M. RODRÍGUEZ

(MARÍA GRACIA PERALTA)

I.
En la montaña,
todo parece inmóvil
menos la guerrera.

II.
Desmedida en tu fuerza,
eres hija inocente
del asfalto y de las olas.
Eres dalia que se eleva.
Guerrera en tu lucha,
y a bocanadas escupes el grito
en barrios ignorados.

Eres guerrera, camino y destino.

Mujer siempre. Y basta.

III.
Hoy, de nuevo hoy,
el ocaso de luz y sol
seduce a la dalia.



MICRORRELATOS

MATI Y YO

POR ALICIA MARTÍ

Con los primeros rayos del sol, después del desayuno, Mati y yo salimos a pasear. Ella luce su vestido rojo con lunares negros que tanto le favorece. Y yo, mis tonos sobrios de costumbre. Siempre hacemos el mismo recorrido hasta el jardín de los geranios rojos. Es nuestro rincón preferido.

Hoy, el cielo está nublado y la temperatura es fresquita.

Nunca logramos adivinar ni entender por qué, a veces, las nubes mecidas por el viento, cambian su tonalidad repentinamente. Un osado rayo trata de colarse entre ellas, para alcanzar las verdes hojas de los geranios, las cruza, las atraviesa e ilumina el cielo, que cubre nuestras cabezas de color rojo, violeta, marrón o amarillo.

Por el sur, asoma una amenazante nube, más grande y grisácea que el resto, que impone su autoridad sobre las demás y deja entrever sus maléficas y húmedas intenciones.

Tanto a mi querida Mati como a mí nos encanta este jardín. Aquí nos conocimos, aquí me declaré y aquí hablamos de nuestros sueños, de nuestras ilusiones y de que algún día conseguiremos llegar al final del jardín, donde hay un gran mirador desde el cual se contempla el profundo valle.

Disfrutamos del olor penetrante que se respira, un olor fresco a clorofila, a hojas aterciopeladas y al acaramelado rojo de los pétalos.

Nos encanta pasear tranquilamente y detenernos a descansar un ratito en la esquina de las erucas versicalias. Maravillados ante tanta belleza, filosofamos sobre lo sabia que es la naturaleza, que nos hace sentir diminutos y atraídos por este ambiente especial. Mi Mati, que es una gran entendida y experta en jardinería, me comenta lo privilegiadas que son las plantas de aquel jardín, ya que se alimentan de una tierra bien abonada, oxigenada, espumosa y sin apelmazar.

De repente, un imponente estruendo seguido de una fuerte agitación rompe nuestra romántica concentración. Nos miramos sorprendidos. Algunas hojas secas se han caído. Curiosamente, el cielo se ha despejado, ahora es azul. Las nubes de colores han desaparecido, y del gran nubarrón amenazante no queda ni rastro. Algo vuelve a agitar la tierra, haciéndola temblar. Intentamos agarrarnos al primer arbusto que tenemos delante. No podemos. Nos queremos coger el uno al otro, pero del golpe caemos separados al suelo, de espaldas, en una postura que nos inmoviliza y nos cubre de arena. Estamos aterrorizados. Somos víctimas de un espantoso e intenso terremoto que no para de agitar el suelo, poniendo fin a nuestro paseo.

Después, el cielo se vuelve de color naranja y se desencadena una extraña lluvia que dispara miles de grandes gotas de agua contra nosotros y los indefensos geranios. Nos ataca

sin compasión, y daña los pétalos de sus delicadas flores. Un gran manto rojo cae del cielo y cubre a mi querida Mati, ocultándola.

Desde otro lado, disparado como una flecha, un tronco gigante me roza. Me sobresalto. Penetra y levanta la tierra, lo que, por fortuna, me hace rodar y me ayuda a incorporarme. En pie, me siento liberado y corro a ocultarme junto a mi amada, bajo su escondite caído del cielo. La ayudo y la protejo; juntos, allí, permanecemos quietos, esperando que la tormenta pase.

—¡Mamáá! ¡Te estoy ayudando, estoy regando los geranios! —grita una voz de niño.

—¡Noo, ahora noo! ¡Con el sol que hace se morirán! ¡Ya los regaremos por la noche! —contesta una mujer a lo lejos—. ¡No juegues con las macetas, que mancharás la ropa tendida en la terraza!

El crío corre al interior de la casa y sin soltar la regadera naranja de su mano, deja tras él un rastro de gotas.

—¡Mamá! ¿Sabes una cosa? ¡En la maceta había un escarabajito, que se había quedado patas arriba, le he ayudado a darse la vuelta y se ha ido a su casita!

—¡Muy bien, hijo! Tú siempre cuidando de los animalitos.

Y Mati y yo salimos volando velozmente del interior de la maceta de los geranios rojos.



Geranium photo created by Racool studio - www.freepik.com

Y A ELLA EL MAR LA LIBERÓ

POR MARÍA GRACIA

Cuando Silvia se levantó esa mañana tenía una extraña sensación, estaba nerviosa.

Aunque si pensaba bien en cada uno de los días vividos desde hacía ya casi dos años, no se diferenciaba en nada de los anteriores. ¿Qué podía cambiar?

Se miró en el espejo de su tocador decorado con fotos de Pablo Alborán, a un lado y otro. Y pensó: «Nada puede ser diferente hoy».

Se peinó el flequillo con mucho cuidado, lo dejó caer hacia un lado, tapando casi por completo su ojo derecho, en ese lugar que le hacía sentir un poco más cómoda.

Cogió la mochila, bajó las escaleras hasta llegar a la cocina, donde como cada mañana la esperaba, Lucía, su madre. El desayuno estaba preparado, para que no perdiese ni un solo segundo, y llegase a tiempo al instituto.

—Buenos días, hija. —saludó la madre, haciendo el ademán de acariciar su rostro y poder darle un beso en la mejilla.

Silvia saludó entre dientes, y no se mostró nada receptiva.

—Cielo, ¿te ocurre algo? Últimamente te noto diferente, estás muy seria.

—No es nada mamá, no te preocupes, todo está bien.

—Una cosa mamá. ¿estás a gusto en tu trabajo?

—¿Cómo? No te entiendo.

—¿Qué si te sientes feliz en tu trabajo?

—Hija, muchas veces los trabajos son pesados, porque invertimos mucho de nuestro tiempo allí. Sin embargo, ya sabes que es muy importante, gracias a lo que ganamos podemos vivir.

—Está bien mamá.

Cogió la mochila, se despidió de su madre y emprendió la marcha hacia el instituto.

Caminaba cabizbaja por callejones de la ciudad por donde a las siete y media de la mañana no solía pasar mucha gente, y mientras, pensaba: «hoy es lunes, hoy toca... topacio un ojo aquí...».

Mientras recorría esas calles estrechas, tragaba saliva, y sentía que su corazón le latía más deprisa. La mochila le pesaba más que habitualmente, aún llevando menos cosas. En realidad, el día en su conjunto le pesaba demasiado.

Sacó su móvil del bolsillo y comenzó a escribir un mensaje a su única amiga: «Gloria no iré hoy al colegio. No se si luego podré llamarte».

Lucía esperaba a que Silvia saliera hacia el colegio, para recoger la cocina y salir inmediatamente para la oficina.

—¿Por qué Silvia me habrá hecho esa pregunta?

—Ella no sabe nada, nadie sabe nada, así que no he de preocuparme.

Como cada mañana, Lucía caminaba diez minutos para coger el autobús que la dejaba muy cerca de su trabajo.

Necesitaba trabajar (a veces muchas horas), porque su hija dependía de ella. Su marido se desentendió después de la separación. Y era mejor así.

Fueron años muy duros, teniendo que sonreír, teniendo que fingir, y ocultar con maquillaje algún moratón. Sólo lo hacía por su hija. Merecía todo la pena por esa pequeña, inocente, que había llegado al mundo, sin saber que Juan no era un padre modelo.

Aquellos años durmiendo con miedo, despertando con pánico y esperando un golpe porque las cervezas no estaban frías, o porque las lentejas estaban duras.

Aquellos años de persecución, de sentir un miedo atroz las veinticuatro

horas del día, y sobre todo de temer que le diesen la custodia de su hija. Hasta que ya no pudo más.

Se liberó de esos fantasmas del pasado y ha tenido que soportar otro tipo de hostigamiento, si cabe peor.

Pero aquel episodio estaba casi olvidado. Las dejó en paz y eso era lo importante. Ahora debía hacer todo lo que estuviese en sus manos para sacar a su hija adelante. Pagar sus clases de inglés y violín, y no le importaba tener que saltarse alguna comida con tal de llegar a fin de mes y que a ella no le faltase de nada.

—Si solo fuese eso, pensaba.

—Tengo que hablar con Teresa, y le contaré todo. Ella confía en mí, sabe que soy una buena madre y que todo lo hago por mi hija. Me entenderá.

Llegó al trabajo a las nueve de la mañana, como de costumbre. Saludó a los compañeros, y vio como los ojos del director se clavaban en los suyos, sin pestañear. Desvió la mirada.

Recogió unos papeles de la fotocopiadora y fue hacia su mesa para comenzar a llamar a clientes, hacer presupuestos y así comenzar su jornada laboral.

A media mañana se acercó el jefe al puesto de Lucía y le dijo: «Necesito que te quedes una hora más».

Ella temblaba cada vez que escuchaba estas palabras.

Mientras trajinaba entre tanto papel, vio que vibraba su móvil. Lo cogió y fue hacia el pasillo.

Eran las dos de la tarde y le llamaban del colegio para comunicar que Silvia no había asistido a clase.

Llamó a su amiga Teresa, para ver si la niña se había puesto en contacto con ella. Su amiga le dijo que no. El teléfono de Silvia daba la llamada, pero a los pocos segundos saltaba el contestador.

Aproveché una reunión que tenía su jefe, para salir de la oficina sin dar explicaciones, con la intención de regresar pronto.

Fue al colegio y la directora le comunicó que no había ido ese día, y además preguntó a sus compañeros que, entre risas y murmullos, decían no saber nada. Se empezó a preocupar. Nunca había faltado a clase. Lo que sí había detectado es que sus notas habían empezado a bajar, lo achacaba a que había comenzado el bachillerato, y tenían bastante carga de trabajo.

Se reunió con Teresa cerca de una comisaría de policía, después de realizar una búsqueda inútil por su cuenta.

Todo sucedió tan rápido.

Idas y venidas, llamadas, gente por todos sitios, coches, el sonido ensordecedor de un helicóptero...

—Teresa, ¿dime donde está Silvia? Dile que venga, quiero abrazarla.

—Toma esta pastilla e intenta dormir un rato, yo estaré aquí contigo, no debes preocuparte por nada. Lucharemos para que paguen todos. Ahora descansa amiga.

—No puedo Teresa.

Si no hubiese estado tan obcecada en ganar dinero para intentar pagar todo, me hubiese dado cuenta.

Se mofaban de mi niña por su es-trabismo, y a mí nunca me dijo nada. Ahora entiendo esas notas que vi por su habitación donde aparecía la inscripción «Topacio», tachada con enormes aspas en color rojo.

«Topacio un ojo aquí y otro en el espacio», era lo más bonito que ella escuchaba de sus compañeros.

«Bizca» y «bollera» eran otros de los piropos que a diario tenía que escuchar, y yo sin enterarme.

Que dolor tan grande, cuando leo esas líneas, donde describe como le tiraron agua procedente de los baños, siento el miedo plasmado en el papel, parece que tiembla su letra. ¡Mi niña!

Y esos cortes en los brazos, ¿cómo no he podido darme cuenta?

Perseguida, insultada, humillada, porque un fatídico día confesó a una compañera que le gustaba una chica del colegio un año mayor. Pero si era una niña, si ella no se metía con nadie. ¿Que mal ha hecho? ¿qué terrible delito es este?

Mi hija ha pasado estos dos últimos años entre monstruos, y ella no quería trasladarme más preocupaciones. Sufría su calvario y callaba el mío.

Sabía que mi jefe me acosaba. En su diario lo cuenta detalladamente. Un día fue a la oficina y nos vio salir, vio como él se acercaba susurrándome al oído, y me agarraba, y me tocaba.

Me atrapó contra la pared, desabrochándome los botones de la camisa en aquel oscuro callejón.

Ella oculta tras un coche vio lo más ruin de su madre. Y yo solo quería ganar dinero para poder pagar todo, que no le faltase de nada.

He tenido que padecer y aceptar, por temor a perder mi empleo, que ese desgraciado me hiciese creer que no valía para nada, que el bienestar de mi hija dependía de la nómina que él me daba. Mi implicación en el trabajo no era valorada, ya se encargaba él de decirme que había cientos de mujeres esperando una oportunidad, y que seguro estarían mejor preparadas que yo. Tengo cuarenta y cinco años y llevo trabajando veinte en lo mismo. Espero que la experiencia hable en mi favor.

Quería que ella llegase a la universidad, y que fuese una persona importante.

Hace dos años me decía que quería ser arquitecto. Quería diseñar una casa

de madera y piedra, rodeada de árboles, donde pudiésemos tener varias mascotas. Un terreno para poder montar a caballo, pasear las dos juntas con nuestros perros, y poder divisar en la lejanía el mar. Me parece que ha pasado una eternidad.

Desde hacía tiempo ya no hablábamos casi de nada, no tenía confianza en mí. Lo entiendo. No he sido un ejemplo para ella.

Me tenían abstraída, además mis salidas clandestinas de casa. Cuando daban las nueve de la noche (mientras ella terminaba las tareas), desaparecía para conseguir un buen filete o unos yogures, con inminente fecha de caducidad, en los contenedores del supermercado. Quería que mi hija estuviese bien alimentada, tenía mucho que estudiar. Y sobre todo quería que supiese que nunca le iba a faltar de nada conmigo.

—Yo era la primera en llegar Teresa, seleccionaba lo que tenía mejor aspecto.

—Cuidaba para que nadie me reconociese para no ponerla en ridículo. Al llegar a casa le decía a Silvia que había encontrado un supermercado a “dos manzanas de casa”, con productos de primera, a muy buenos precios. Normalmente ella siempre estaba en su dormitorio, y no me veía entrar cargada como un burro con todas las bolsas. Lo importante es que era comida en buen estado y a coste cero.

Había veces que era muy difícil comer, pagar hipoteca y vestir. Así, alguna vez, podía comprarle algún vaquero o camiseta de moda.

Y sin embargo no me percaté de lo más importante. Mi hija me necesitaba y yo no estaba a su lado. Mi hija sufría y no le brindé mi hombro para que se desahogase.

Ella salió aquella mañana de casa y un mar embravecido la liberó de sus miedos... para siempre.



SALGO AHORA

POR ÁUREA L. LAMELA

«Salgo ahora», dice el que sabe que llegará tarde; el que tal vez, incluso, si puede, salga todavía más tarde.

El hombre la llamaba con naturalidad, pero ella conocía su astucia, aunque creyera en su inocencia. Escuchó atenta en el teléfono el rápido mensaje. Volvió a reproducirlo; le encantaba escuchar su voz melodiosa.

Pasaba el tiempo y la mujer miraba por la ventana preocupada, inquieta. Se decía «no llega», y buscaba el coche azul que lo traería de vuelta. Uno tras otro, ninguno era. Al fin, después de una larga espera estaba en casa, en plena noche, bien pasada la hora de la cena.

«Voy de camino», decía otras veces el hombre, cuando todavía no había salido. Y ella escuchaba el mensaje, más incrédula. Pero volvía a esperar y a contar los coches que no eran, como siempre, desde la ventana. A veces, casi llegaba a la infinita madrugada.

Hubo un primer día en el que ella tuvo miedo de que algo malo le ocurriera. Con el tiempo ya fueron otros los miedos, tal vez a la soledad, al abandono o a lo que se negaba a aceptar como una invisible evidencia. Porque, pasados muchos días de «salgo ahora» y de «voy de camino», el hombre tanto aparecía como no

aparecía. Ella dejó las quejas, no podía haber exigencias; prefirió aumentar sus silencios, porque, cada vez más, las explicaciones y las respuestas eran reproches o reprimendas.

Un día ella sintió que ya no le interesaba saber, aunque todavía se asomara a la ventana con curiosidad y con paciencia. Se acostumbró a una copa de vino para animar las noches de las tristes certezas.

Hoy brinda por la revelación: prefiere que no llegue.

«Salgo ahora», dijo el hombre; «quédate, no hace falta que vuelvas», fue su única respuesta.



SOBREVIVIR

POR ALICIA MARTÍ

Salí a vagabundear por el paseo marítimo, a ver con qué me encontraba. El sol brillaba en lo alto y casi cegaba mis grandes ojos. Continué unos metros más adelante. Las olas rugían y, feroces, golpeaban contra las rocas. Desprendían un atrayente olor a salitre que perfumaba e impregnaba el ambiente con el aroma de la grasa y el combustible procedente de una embarcación que se alejaba dibujando un fino sendero brillante sobre el mar. Me encantaba. Estos olores no solo me atrajeron a mí, sino también a más de un curioso colega con ansias de explorar y de no compartir.

Mi quebradizo cuerpo se mezclaba entre las personas que, confiadas como yo, un mísero ser vivo, disfrutaban del paseo aquella calurosa mañana. Los días de lluvia y frío invernal quedaron atrás. Dejaron de ser una amenaza para mi humilde supervivencia en este duro mundo. Nada impediría que hiciera lo que me apeteciera. Feliz, observé lo que me rodeaba. La primavera avanzaba hacia el delicioso y, a la vez, peligroso verano. Sin saberlo, la nueva estación

se confabulaba en secreto conmigo. Cómplice de mis intenciones, ayudaba a que se retiraran las trampas cristalinas en las ventanas, a que las flores soltaran su goloso polen y los olores se mezclaran. Una exquisita delicatessen para un tipo independiente y austero como yo.

Pasé junto a la terraza de un bar. A mi izquierda, vi una mesa que quedaba libre. Me lancé. Por fortuna para mí, el servicio permanecía olvidado, sin recoger, aunque expuesto a mis colegas desaprensivos. Un pequeño paraíso se presentaba ante mis ojos. Nadie más que yo lo había visto. Restos de comida y de bebidas de diferentes colores salpicaban su blanco tapiz como un cuadro surrealista.

Desde la ventana de la cocina del local, se extendía una majestuosa alfombra de atrayentes y apetitosos sabores, que removieron mis sedientos intestinos. Acompañado por el viento, me aproximé a su interior. Un gran tesoro lleno de deliciosos desperdicios abandonados, que nadie quería, me esperaba. Debía aprovechar la ocasión.

Me detuve entre las astillas de una tabla de madera para cortar alimentos con el propósito de estudiar, estratégicamente, la situación y la táctica a utilizar. Debía ser cauto. Ese botín tenía que ser mío. Lo probaría. Me rodeaban otros atractivos restos. Embutidos mal cortados, migas de pan y un succulento cuchillo manchado de tomate seco. Más de mil olores que me elevaban al séptimo cielo. De pronto, unas amarillentas y desagradables gotas de lejía cayeron disparadas a mí alrededor como peligrosos misiles. Casi me dieron. Hui a otra zona más segura. Me habían descubierto. Me cobijé tras una vajilla recién lavada queapestaba a detergente de limón. Sentí palmadas a mí alrededor. Un fuerte golpe me hizo saltar y abandonar este escondite. Algo me sacudió. Me giré. Desde lo alto, una mano me atacaba con un grasiento trapo viejo. Extendí mis alas. Sobrevolé, rápidamente, una succulenta sartén que conservaba restos de una tortilla de la noche anterior y me escapé. Atravesé la ventana por donde había entrado.



TIEMPO INDEFINIDO

POR MÓNICA RONCERO

Te estuve esperando por tanto tiempo que, cuando llegó nuestro momento, ya me había ido.

Hoy, solo queda un paisaje yermo de color vacío.

Late sin melodía un corazón que respira ritmo disciplinado. Los labios, educados en media luna contenida; mientras, tus manos, en un esfuerzo

titánico, buscan las mías. Pretenden ser puentes conquistando orillas.

Observas mis ojos, que miran con pupilas ensombrecidas.

¿Qué fue de nosotros? ¿Qué hacemos de nuestras vidas? ¿Y ahora?

Tus preguntas sonaron extrañas, y ahí supe con certeza que no me querías.

Jugadas sobre un tablero fantasma, dónde mueren espejismos de cariño.

Te estuve esperando por un tiempo indefinido.

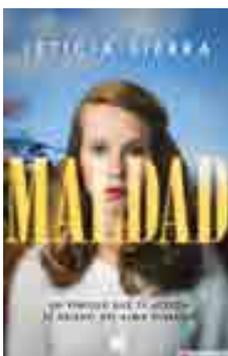
Ahora... solo nos queda un gran silencio entre dos orillas.



Rain coat photo created by drobotdean - www.freepik.com



**NOVEDADES
LITERARIAS**



[Maldad](#)

Leticia Sierra
448 páginas
Ediciones B /La trama

MALDAD

«Elsa se lo ha buscado. Ahora, tirada en el suelo, ya no provoca. Ya no sonríe».

Una chica de trece años aparece muerta en un descampado de Oviedo con la cara brutalmente desfigurada y el cuerpo destrozado. Elsa, la joven víctima, era alumna de en un instituto de la zona y los asignados a la investigación, en el diario regional y en la policía, son la periodista Olivia Marassa y el inspector Agustín Castro.

«Nota un ronroneo en el vientre, un cosquilleo que sabe que se convertirá en algo más cuando acabe con ella».

Cuando la noticia sale a la luz, ambos llevan varios días fuera y Olivia parece llegar tarde a las exclusivas. Pero ella ya ha demostrado antes que no se rinde fácilmente y que tiene un olfato especial para las mentiras y los casos más truculentos. Pronto empieza a investigar por su cuenta y descubre que la víctima tenía muchos secretos y enemigos. Alumnos menores y mayores que ella, así como profesores, la temían por su conducta abusiva y violenta...



[La caja de los miedos](#)

Arantxa García Rocas
272 páginas
Roca editorial

LA CAJA DE LOS MIEDOS

(PREMIO MONT MARÇAL 2022)

La caja de los miedos es una extraordinaria novela de espías ambientada durante la Primera Guerra Mundial.

El pequeño Aleksei, huérfano en la estepa siberiana, emprende un viaje a Moscú junto al sacerdote Vasiliy Lebedev y, de allí, al París de finales del siglo XIX. En la Ciudad de la Luz disfrutará de una nueva vida junto a la tía Vania y el resto de su peculiar familia.

Mata Hari triunfa en los cabarés de Berlín cuando los alemanes contactan con ella: quieren que espíe a los franceses antes de que estalle la guerra. Margot, la mujer que se esconde tras la diva, inicia un periplo que la llevará desde Alemania a su adorado Madrid, al París eterno del Moulin Rouge y al neblinoso Londres inmerso en la Gran Guerra. Su peregrinaje le revelará que solo es un peón en manos de los poderosos que eligen las reglas del juego.

El Pomone, un carguero de pabellón francés, es torpedeado en la costa del Cantábrico por un submarino alemán. Alexandre y el resto de supervivientes son rescatados por los habitantes del pueblo marinero de Tazones. Gracias a ellos, Alex consigue viajar hasta Gijón, donde buscará a la persona que esconde los documentos que la mítica Mata Hari dejó en la ciudad.

¿De qué manera se entretrejen las casualidades?



[Leyendas de mar](#)

Laura Ruiz Rivas
119 páginas
Publicación independiente

LEYENDAS DE MAR

Dicen que la mar embruja a quien pasa su vida dejándose engatusar por el ritmo lento de las olas. Que zozobra la cordura de quien se deja atrapar en sueños, como sonámbulo trasnochado de dudas, para irse con la bruma de los motivos callados, hasta desaparecer.

Aunque quizá morir de mar no sea perecer, sino hacerse leyenda...

Pues la mar está llena de gentes que orzaron su vida de nostalgia y pena. Amantes olvidados en la orilla, como polvo de roca. Viudas de pescador vencidas de noche y mar. Suicidas que buscan refugio, mientras se apaga su ser, al letargo de la noche más larga.

Hay noches en que el escritor se aleja por la senda incierta de las palabras, para enhebrar leyendas al dictado de la brisa...

Porque la brisa trae y lleva susurros despeinados y leyendas cuyo secreto escuché una vez, atrapado en el interior de una caracola.

Diez relatos inolvidables. Diez leyendas, algunas de las cuales han sido premiadas en certámenes internacionales.

CUANDO LAS MIRADAS GRITAN

La igualdad es un Derecho de todos los seres Humanos por lo que todos debemos, uniendo en paz nuestras manos, exigir que se pongan medios para poder alcanzar medidas duras que impidan cualquier abuso social



[Cuando las miradas gritan](#)

Dory Lansorena

92 páginas

Con M de Mujer Editorial SL

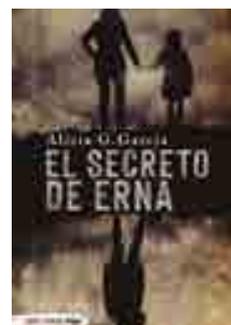


EL SECRETO DE ERNA

La inspectora Olivia Garrido llega a Gijón huyendo de su anterior destino como policía y de problemas personales. En la nueva y aparentemente tranquila comisaría, le asignan como compañero a Alejo Verdalles, que está pasando un mal momento familiar, superado por haberse convertido en padre hace apenas ocho meses.

El primer caso del que se ocupan como pareja les va a estallar como una bomba de relojería. Han asesinado al conductor de un coche en una carretera apartada en las afueras de la ciudad. No lejos del lugar del crimen, aparece una niña con una herida en la mano.

Días después de encontrarla, la criatura permanece callada y con la mirada puesta en el infinito. La historia que oculta cambiará las vidas de ambos policías..



[El secreto de Erna](#)

Alicia G. García

416 páginas

Serie Negra / RBA



BALVANERA

Su madre era puta. Su padre, inglés. No tenía apellido cuando el apellido era lo único que espantaba el hambre. Aun así, iluso, Camacho se empeñó en ganarse el pan con el único mérito de ser honrado, y todo se fue al carajo. A la fuerza ahorcan. Una puta beata, un indio mudo, un fraile descreído y ese hideputa honrado intentarán robar el mayor cargamento de la historia de la flora de indias.

Al otro lado de la mar oceana, en aquella Nueva España de un imperio donde no se pone el sol, en un Yucatán donde la lluvia tropical borraba las misericordias, las bodegas de la Balvanera se estaban llenando con la mercancía más valiosa de su tiempo: el palo de tinte. Y, mientras, la Parca buscaba cobrarse sus deudas...

La nueva novela de Narla, el ganador del I Premio Edhasa Narrativas Históricas: ¡¡sorprendente!!

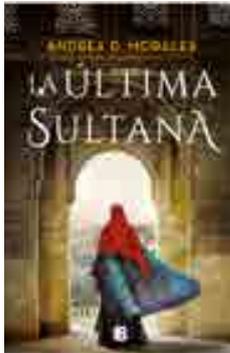


[Balvanera](#)

Francisco Narla

672 páginas

Editorial Edhasa



[La última sultana](#)
Andrea D Morales
472 páginas
Ediciones B

LA ÚLTIMA SULTANA

Morayma, hija del alcaide de Loja y primer mayordomo de la Alhambra, fue esposa de Boabdil, el último sultán del reino nazarí de Granada. Su vida, marcada por su belleza y por la tragedia, es la historia de quien nació sin estirpe y llegó a convertirse en la mujer más poderosa de la dinastía musulmana en uno de los periodos más convulsos.

A través de las luces de una celosía, los ojos del sultán descubren a Morayma y, pocos días después, ambos se prometen, aunque ella solo tiene quince años. Sin embargo, la felicidad durará poco. El asedio de Granada por parte de Fernando el Católico va más allá del campo de batalla y las intrigas políticas llaman a la puerta del palacio. Para caer en manos de ella y de otras mujeres. Será entonces cuando comience la desgracia que la alejará de su marido y de su primer hijo, del que deberá despedirse en favor de su reino.

La sangre y las lágrimas no solo se derraman en las batallas. Escrita con un potente pulso narrativo y un preciso rigor histórico, esta novela retrata un aspecto de la Reconquista jamás contado. Andrea D. Morales recupera el desconocido personaje de Morayma para convertirla en la protagonista de este relato y mostramos los juegos de poder, amor y pasión que realmente llevan a ganar o a perder para siempre un reino.



[El biznieto del último Rey de Francia](#)
Piedad Baca
362 páginas
Ediciones Algorfa

EL BIZNIETO DEL ÚLTIMO REY DE FRANCIA

Búsqueda, dolor y amor en sus distintas facetas, tejen esta novela que va saltando por los siglos XIX y XX.

Los desafíos, aventuras y peripecias de un grupo de discapacitados, extraños personajes que la oscuridad de sus vidas producían dolor y miedo junto a la caleidoscópica Vizcondesa de Termes amante de Don Antonio de Orleans, transformaran a los personajes hasta conquistar sus sueños.



[Monstritos, Nicolás y la piedra mágica](#)
Carmen Salvá del Corral
28 páginas
Ediciones Sigusa

MONSTRITOS, NICOLÁS Y LA PIEDRA MÁGICA

Este cuento narra la aventura de un pequeño llamado Nicolás y su amigo imaginario, Monstritos.

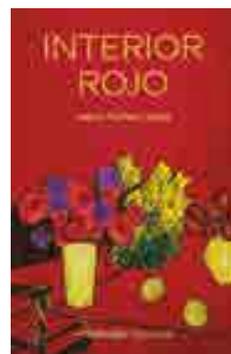
Nicolás descubre una piedra mágica en su jardín que le ayudará a hacer realidad su mayor deseo; conocer en persona a su amigo invisible. A partir de este encuentro vivirán una emocionante sucesión de acontecimientos que los llevarán a descubrir importantes sentimientos como la ilusión, la paciencia y la perseverancia conduciéndolos a un mundo de color, de emoción y llegando de este modo a descubrir el verdadero sentido del por qué vivir.

INTERIOR ROJO

“¿En qué momento comenzó el primer mundo a perder el alma?”

Es la pregunta que se plantea en un determinado momento un personaje de Interior rojo. Y es que estamos ante un libro de relatos un tanto atípico, a través de cuyas páginas la autora trata de remover conciencias acerca de aquello que nos rodea y que muchas veces se nos hace imperceptible a los ojos “Los días, iguales unos a otros, transcurren sin piedad por el hilo continuo del devenir del tiempo. La rutina, ese halo invisible que nos ofusca los sentidos y nos hace deslizarnos por el sendero de la vida de manera inconsciente, les priva de la más básica percepción sensorial de todo aquello que está comenzando a ocurrir a su alrededor.”

Amores perdidos, historias pasadas, estrés laboral, una dosis de realismo mágico y sobre todo nostalgia, se entrecruzan en Interior rojo, como un hilo conductor invisible que transporta al lector a través de sus páginas, y es que “los lugares en los que uno crece son los que se llevan siempre en el corazón. Da igual que sean humildes o acomodados, son los pilares que apuntalan la esencia de quienes somos, el escenario de ese paraíso perdido al que ya no podremos volver.”



[Interior rojo](#)
Isabel Núñez López
100 páginas
Bohodón Ediciones



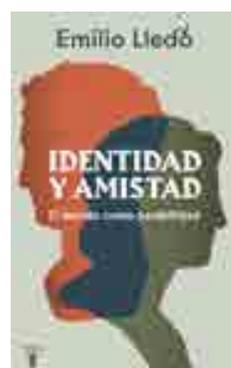
IDENTIDAD Y AMISTAD

«En la otra ladera del dolor y la desesperación se dibuja el horizonte sorprendente de la amistad».

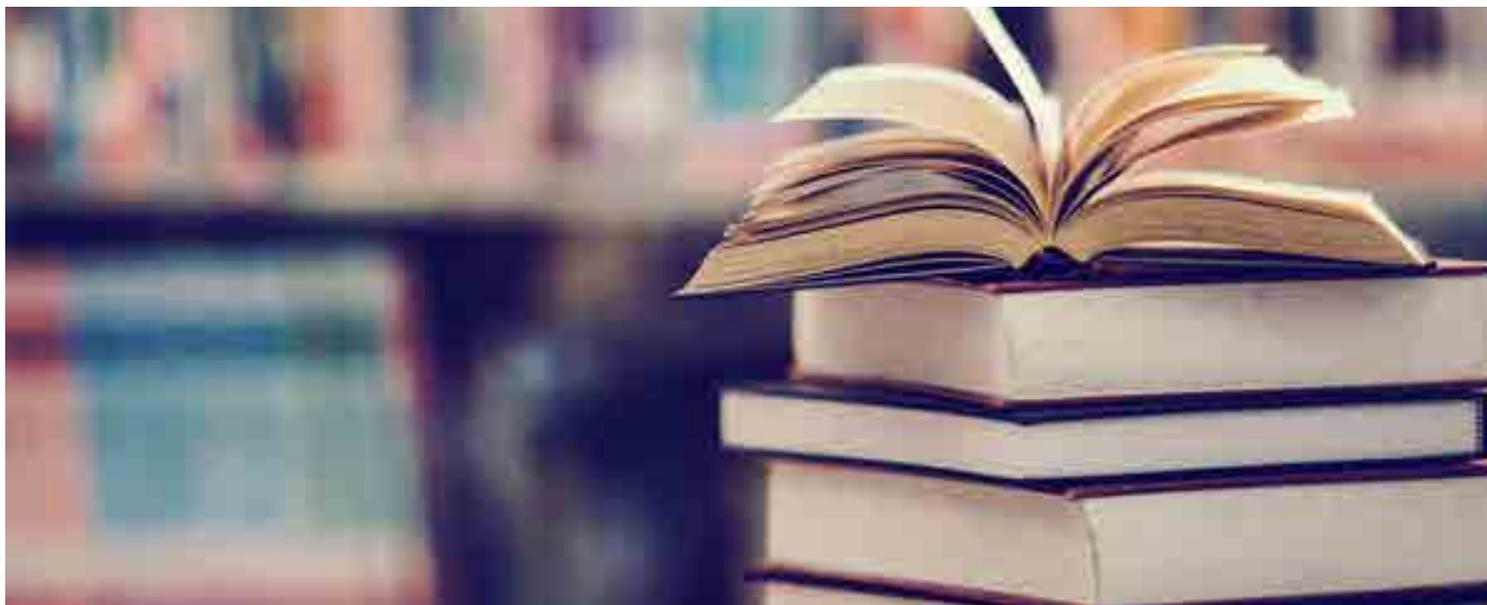
En uno de los momentos más emocionantes de la *Iliada*, Príamo reclama a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. En el tenso diálogo entre ambos, surge un destello de humanidad y Aquiles rinde honores al héroe muerto ofreciendo hospitalidad al anciano padre. A pesar de la guerra, nos dice Emilio Lledó, Homero nos deja atisbar el horizonte de la amistad, «que acoge y sublima el dolor de la muerte».

La libertad de las personas guarda una estrecha relación con la libertad de las palabras, pues implica posibilidad de pensar, posibilidad de ser. En este maravilloso ensayo, Lledó juega y conversa con los numerosos términos que la cultura griega nos ha legado, y se detiene en el de *amistad*, un concepto clave a la hora de explorar quiénes somos. Lo contraponen a otra noción esencial, la de *identidad*, hoy tan manida y viciada, que, en su origen, lejos de aludir a lo que nos diferencia, se refería a nuestra mirada humana sobre el mundo y sobre nosotros mismos, y es un componente fundamental de la democracia.

Lledó rastrea ambos conceptos en las fuentes clásicas, trazando maravillosas conexiones entre ellos -así como con el resto de grandes palabras- y profundizando en sus sucesivas interpretaciones. Al hacerlo, ofrece una lúcida visión de la vida moderna.



[Identidad y amistad](#)
Emilio Lledó
192 páginas
Taurus



V CONGRESO de escritores

LA LITERATURA Y SU PODER TRANSFORMADOR

Gijón
Del 3 al 5
de diciembre de 2022

Organiza



985709202

congreso2022@aenoveles.es

congresoescritores.aenoveles.es

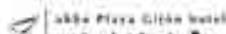
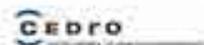
En colaboración con



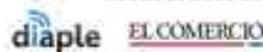
Gijón Turismo



Patrocinadores



Colaboradores



Transportes oficiales



¡Te esperamos!